

LA NECROPOLIS DE ORO

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



LA NECROPOLIS DE ORO

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

599 — Los aborígenes de Kalgalla. A. Thorkent.

600 — Hay que pintar a los invasores. Ralph Barby.

1. — Hacia el infierno sin retorno. Kelltom Mclntire.
2. — Los dominadores de la Tierra. A. Thorkent.
3. — Asesino en las estrellas. Curtis Garland.

KELLTOM McINTIRE

LA NECROPOLIS DE ORO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 604 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

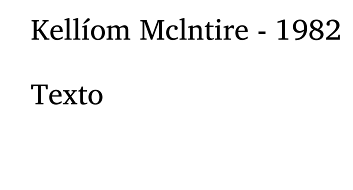
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0 Depósito legal: B. 322-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: marzo. 1982

1.a edición en América: septiembre. 1982


Kellíom Mclntire - 1982

Texto

García -1982

Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés. 5. Batcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial **Breguera,** S. A Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1982

CAPITULO PRIMERO

—El oro sigue siendo oro —pronunció el profesor Dufour con solemnidad.

Mary Cameron dejó escapar una risita ahogada.

El profesor se volvió hacia ella y la imagen de la bellísima joven pelirroja, que yacía sobre un diván anatómico, se reflejó doblemente en los cristales de los lentes de Dufour.

—Lo sé, lo sé, miss Cameron: lo que he dicho es una perogrullada. Pero yo quería expresar algo distinto de lo que

significan esas palabras en sí —dijo el profesor, sin asomo de enojo.

Julien Leduc, que se sentaba tras la mesa del profesor, intervino:

—Sé lo que quería decir, profesor. El oro sigue siendo un elemento valioso a la hora de conseguir lo que se desea.

—¡Exactamente, amigos míos! Sólo que… yo soy un viejo hombre de ciencia y a veces no encuentro las palabras precisas para expresarme correctamente —exclamó Dufour.

Miss Cameron se acariciaba su redonda rodilla izquierda con las yemas de los dedos y sonreía maliciosamente.

—El oro también es peligroso —observó, sin perder su sonrisa, un tanto irónica—. Suele desatar la ambición.

Julien enarcó expresivamente una de sus cejas.

—¿A qué viene eso? Nosotros financiamos obras filantrópicas. Hemos transportado a millones de seres de planetas muertos a otros donde la vida comenzaba a despertar o estaba en pleno auge, hemos construido ciudades, roturado superficies inmensas para convertirlas en tierras feraces, erradicamos plagas y procuramos el bien a infinidad de seres humanos —fue describiendo con la voz un poco alterada.

Miss Cameron cruzó sus perfectas y largas piernas. A su pesar, Julien Leduc siguó aquel movimiento, fascinado.

—Tengo algunas referencias respecto a usted, señor Leduc. Es cierto que ha hecho mucho bien a millones de seres humanos. Pero sólo a los humanos *que se parecen a nosotros* —especificó la señorita Cameron—. ¿Qué ocurrió, por ejemplo, en Daggoona, cuando el planeta sufrió apocalípticas convulsiones geológicas que destruyeron y arrasaron el noventa por ciento de la superficie habitable? Según tengo entendido, la organización que usted dirige no movió un solo dedo para evacuar a un millón de seres inteligentes que habitaban Daggoona y que perecieron víctimas de la catástrofe…

El profesor Dufour carraspeó sonoramente.

—Por favor, miss Cameron…

Pero la guapa pelirroja ignoró a Dufour.

Contemplaba fijamente al atractivo Leduc, con la intención

indudable de forzarle a responder.

—Ustedes no intervinieron en Daggoona porque sus habitantes eran inteligentes, pero no *humanos,* según el patrón que la organización tiene de la humanidad —pronunció la mujer con voz clara y firme.

El profesor se puso vivamente en pie.

—Señorita Cameron: usted no tiene derecho a insultar al ingeniero Leduc —la amonestó con severidad.

—Profesor Dufour —respondió Mary Cameron sin alterarse—: no estoy insultando al ingeniero. Le estoy *interpelando.*

Pero el viejo profesor parecía ofendido.

—Ya he dicho que no soy un experto en idiomas y no puedo establecer las sutilezas del lenguaje. Sólo le pido que reflexione. Inter-Cosmos nos ha ayudado decisivamente a poner este planeta en pie y el Gobierno de Greenosfera desea corresponderle —pronunció Dufour con energía—. Usted fue nombrada para facilitar los trabajos del señor Leduc, no para enjuiciarlos, ni mucho menos criticarlos.

—Sin embargo, sigo pensando...

Leduc asistía, entre divertido y expectante, a la controversia suscitada entre la guapa representante del Gobierno de Greenosfera y el veterano profesor Leduc.

Desde luego, no parecía ofendido en absoluto. Se diría que gozaba comprobando la fogosidad y el ímpetu que ponía miss Cameron en sus palabras.

—Naturalmente —estaba diciendo ahora—, ustedes dos pertenecen a la misma cultura: la francesa. De modo que no me sorprende, profesor, que usted defienda y apoye al ingeniero Leduc.

Al profesor le temblaron los lentes, que se habían deslizado peligrosamente sobre el estrecho caballete de su nariz aguileña.

—Pero... ¡señorita Cameron! Francia ya no existe como ente nacional. El país está incluido en la Federación de la Tierra, regida por un Gobierno elegido por los ciudadanos, los cuales, por cierto, están absolutamente satisfechos de sus gobernantes —protestó el anciano, un tanto tembloroso y excitado.

—No me refiero a Francia, sino a la cultura francesa, que no desaparecerá de buenas a primeras. Además...

Dufour parecía a punto de sufrir un ataque. Para impedirlo, Julien Leduc se puso en pie, avanzó unos pasos y se colocó entre los dos contendientes.

—Permítanme intervenir —rogó con voz amable.

A su pesar, miss Cameron calló.

Era un tipo soberbio, el tal Leduc.

Alto, espigado, elegante y... sumamente interesante, desde el punto de vista femenino, al menos.

Dufour se había sentado. Es decir, se había dejado caer, derrengado, tras su mesa de cuarzo negro como el azabache.

—Usted parece tener una enorme curiosidad por todo lo relacionado con el planeta Daggoona, señorita Cameron —insinuó el ingeniero de Inter-Cosmos.

—Sí, lo confieso —respondió Mary, sin dejarse impresionar por los expresivos y brillantes ojos grises de Leduc.

El hombre sonrió.

Tenía una sonrisa muy agradable, seductora, ésa era la verdad. Pero en opinión de la representante del Gobierno de Greenosfera, Leduc había permitido que las fuerzas de la Naturaleza cometiesen un verdadero genocidio en los habitantes de la oscura Daggoona, el planeta más retirado del sistema solar Staal.

—Me pregunto si usted vio alguna vez a un daggonita —dijo Leduc, sosteniendo la mirada de la mujer.

—¿Qué ha dicho?

—*Daggoonitas,* habitantes de Daggoona —especificó el ingeniero.

Por primera vez, Mary Cameron dio muestras de indecisión.

—Noooo... Es decir, no lo recuerdo —murmuró.

Leduc se volvió a Dufour.

—Profesor, ¿tiene a mano las grabaciones K-16?

—Desde luego, señor Leduc: las guardo en el archivo del panoragrama —respondió el anciano—. ¿Es que quiere…?

—Mostrárselas a la señora Cameron, sí, por favor. ¿Es posible?

Dufour se puso en pie laboriosamente.

—Sí, sí —asintió—. Aunque yo le recomendaría…

Leduc ignoró sus palabras y se volvió hacia Mary Cameron.

—¿Quiere venir con nosotros al panoragrama? —rogó.

Mary se puso inmeditamente en pie. Su precioso vestido de textura sutil con reflejos metálicos cobrizos, moldeó tan idealmente sus curvas, que Leduc siguió sus movimientos como hipnotizado.

Penetraron en la gran sala donde se proyectaban documentos y estudios video-grabados.

—Tengo que prevenirla, señorita Cameron —murmuró el profesor, con voz temblorosa—. Las escenas que vamos a ver dentro de unos minutos son… excesivamente fuertes. No les hemos dado mucha publicidad y preferimos que sólo sean visionadas por personas de gran resistencia emotiva y nerviosa, principalmente científicos.

Mary dejó escapar su risita.

—¡Apasionante! —exclamó—. Un espectáculo sólo apto para personas formadas y de nervios bien templados…

—En efecto —asintió Dufour—. No me atrevo a…

—Atrévase —le animó la mujer, sonriente—. Le prometo que no voy a desmayarme por cualquier cosa.

Dufour se mordió los labios, indeciso.

Finalmente dijo:

—Como usted quiera.

Y se sentó en el asiento acolchado tras la bancada formada por metálicos paneles y controles.

Mary le vio seleccionar una pequeña «pastilla» de video e introducirla en su alojamiento.

Luego, Dufour graduó potenciómetros y niveles y se volvió hacia Leduc y miss Cameron, que permanecían en pie a su espalda.

—¿No se sienta? —preguntó, siempre cortés, Leduc.

—¿Para qué? Supongo que sólo serán unos minutos. Estoy bien así —respondió la joven, segura de sí misma.

—Como prefiera —dijo Leduc. Y tomó asiento.

La enorme pantalla se coloreó inmediatamente con un tono azulado, impreciso. Simultáneamente se apagaron las luces.

Inmediatamente apareció en la pantalla convexa una superficie de color marrón oscuro, retorcida, atormentada.

Se oyó un rumor, un bisbiseo apenas audible que fue subiendo de tono hasta alcanzar una intensidad metálica, aunque articulada.

Mary, que permanecía sumamente atenta a la pantalla, vio moverse algo en una grieta de la martirizada geografía que mostraban las imágenes.

Una silueta peluda se movía lentamente fuera de la madriguera.

Mary se mordió los labios.

Advirtió que —quizá a propósito— alguien habia dejado un largo rifle electrónico sobre aquella lava grisácea.

La forma que se movia lentamente era dos veces más larga que el rifle. De cuerpo cilindrico y peludo, reptaba lentamente sobre el suelo y seguía emitiendo aquel desagradable sonido metálico.

Mary se acercó disimuladamente a la butaca que ocupaba Julien Leduc. Comenzaba a pensar que más hubiera valido sentarse a su lado.

Luego, de improviso, aquel ser horrendo giró hacia la cámara y Mary apenas pudo contener un alarido de pánico.

Era espantoso. Unos ojos saltones, orientables, que se movían lenta pero continuamente. Unas mandíbulas tremendas, que producían un espeluznante claqueteo al chocar entre si intermitentemente. Unas ventosas oscuras, pero que eran patas, docenas de patas terminadas en

un agijón...

La cámara se apartó un momento a la izquierda y tomó imágenes de otra grieta próxima.

¡Algo se movía en la oscura hendedura!

Mary Cameron apoyó una mano en el respaldo de la butaca de Julien Leduc.

La «cosa» de la izquierda estaba abandonando la grieta.

Giraba lentamente a la izquierda y su largo y grueso cuerpo peludo reptaba centímetro a centímetro en dirección al otro ser que había surgido en primer lugar.

De entre sus fauces surgia una especie de baba como gelatina transparente que caía a retazos sobre la roca negra y crispada.

Los labios de Mary temblaron un poco.

Sin embargo, siguió, como hipnotizada, contemplando las espeluznantes imágenes que le ofrecía la pantalla.

Ahora sabía por qué los filmadores habían abandonado el rifle sobre la triste superficie volcánica. *Sólo para que pudiera calcularse el tamaño de aquellas terroríficas criaturas.*

«Van una al encuentro de la otra», pensó miss Cameron, cuando la cámara retrocedió un poco y las dos orugas peludas aparecieron en pantalla.

¿Macho y hembra? ¿Se trataba de una especie de rito nupcial?

A Mary le temblaban las piernas, pero las puso rígidas en un último esfuerzo por demostrar su firmeza.

Las dos criaturas, tan lentas y babeantes, fueron acercándose la una a la otra con desesperante parsimonia.

De repente, una de ellas se irguió y los formidables colmillos en forma de sierra produjeron un destello impresionante.

Y luego, las mandíbulas hicieron presa en el cuerpo del otro ser y desgarraron salvajemente, al tiempo que se oía un jadeo estremecedor y la pantalla se llenaba de tonos verdes, rojos y marrones que ponían el alma en vilo.

En aquel momento, a miss Cameron se le doblaron las piernas.

Hubiera caído al suelo si Julien Leduc, que la observaba sin perderla de vista, no hubiera estado al tanto. Pero logró sujetarla con sus brazos y recostarla en una butaca.

Miss Mary Cameron, con las facciones muy pálidas, se había desvanecido.

CAPITULO II

Volvió en sí lentamente, amablemente asistida por el profesor Dufour y el ingeniero Leduc.

Sus ojos vagaron por el amplio estudio-burbuja del profesor y finalmente quedaron fijas en los ojos grises del ingeniero de Inter-Cosmos.

Inmediatamente, Mary se estremeció.

Sus labios vibraban de ira cuando; murmuró:

—¡Ustedes..., ustedes son verdaderamente... perversos!

Dufour rió con su característica risa cascada.

—¡Je, je, je! No ha sido para tanto —respondió—. De todas formas, no podrá decir que no la advertí, mi querida señorita Cameron.

Mary se incorporó vivamente.

—¡No soy «su querida señorita Cameron»! Y mucho menos después de esto —protestó, rabiosa.

Leduc la observaba apaciblemente.

Podía haber sonreído, podía haberse chanceado, pero no lo hizo.

—Quizá era necesario que usted viera *eso* —pronunció sosegadamente.

—*¡Eso!* ¡Una verdadera porquería! —clamó, excitada, al tiempo que paseaba de un lado a otro del amplio estudio circular.

De repente se detuvo. Su mirada osciló de Dufour al ingeniero y de éste nuevamente al profesor.

—Está bien, no voy a seguir despotricando. Pero dígame, ¿qué relación tiene nuestra anterior conversación con esas horribles criaturas vermiformes, que... que...

Leduc asintió.

—Lo sabrá en seguida —dijo—. Esas criaturas vermiformes eran... los daggoonitas.

Miss Cameron tornó a palidecer.

—¡No es posible...! —murmuró, apagadamente.

Y se dejó caer sobre el diván en el que había descansado mientras duró su desvanecimiento.

—Sí lo es —afirmó Leduc—. Puedo garantizárselo porque... yo mismo tomé esas imágenes.

La frente de Mary se tornó brillante de sudor.

—No soy una de esas débiles mujeres a que tan aficionados son ustedes —confesó—. Siempre he tenido presencia de ánimo incluso en situaciones límites, pero... lo que he visto ahí dentro era escalofriante.

—Sí.

—Creo... creo que antes me comporté desconsideradamente. No sabía entonces que...

Leduc se acercó a ella.

—Lo sé. Usted no sabía cómo eran los daggoonitas —pronunció —. Pero nosotros, sí. Y por eso no fuimos a por ellos

a Daggoona.

Miss Cameron se retorció las manos. Aún no había conseguido superar la impresión sufrida en el panoragrama. . —Pero se decía que los habitantes de Daggoona eran seres inteligentes... —dijo, desconcertada por completo.

—Lo eran, sí. Pero suponían una gran anomalía en cuanto a la humanidad que nosotros conocemos. Permítame que le ponga algunos

ejemplos muy expresivos... ¿cuál estima usted que hubiera sido la reacción de las gentes de Greenosfera si hubiéramos traído a este planeta un millón... incluso muchos menos daggoonitas?

Mary se encogió instintivamente.

—Supongo que... hubiera cundido el pánico —respondió—. La conmoción hubiera sido tremenda, lo confieso. Aunque después hubiera habido que... exterminarlos.

Las agradables y nobles facciones del ingeniero se animaron con una leve sonrisa comprensiva.

—¿Lo ve? Y sin embargo, los daggoonitas eran seres inteligentes. ¿Oyó aquella especie de rumor metálico articulado? Era *su voz,* las voces de los dos individuos que se enfrentaron y destruyeron.

—¿Son... eran... antropófagos? —preguntó Mary, sin poder reprimir una mueca de profunda repugnancia.

—Caníbales, seria la expresión más adecuada —rectificó Leduc, sin darle importancia—. Sí, eran caníbales.

—Entonces...

—Ya se lo he dicho antes: suponían una verdadera anomalía, científica y humanamente hablando. Hicimos un estudio muy completo sobre sus hábitos de vida, ecología, para-antropología... Comprendimos que no tenían cabida en los sistemas conocidos. Nosotros conocemos a seres humanos muy distintos, desde los hombres voladores de Hundatha, hasta los homínidos de Wongladon. Existen algunas diferencias entre los seres racionales conocidos, pero no tan evidentes como las que pudimos establecer con los daggoonitas, que además no podrían aclimatarse a uno de nuestros satélites habitables, por ejemplo. Creo que la Naturaleza siguió su curso. Sencillamente, Daggoona estaba llamado a desaparecer, junto con las únicas criaturas que lo habitaban. Y así sucedió.

—-Pero ¿intentaron de alguna forma evacuarlos? —preguntó miss Cameron.

Leduc asintió inmediatamente.

—Buscamos un mundo para ellos, donde pudieran vivir apartados de nosotros. Y pronuncio la palabra «nosotros» en un sentido amplísimo, como podrá entender. Pero no hallamos ese mundo

y nos rendimos a lo inevitable —contestó.

A pesar del miedo que había pasado y la repugnancia que aún sentía como recuerdo de las imágenes contempladas en el panoragrama, Mary Cameron parecía profundamente interesada en aquel tema.

—¿Cree que los daggoonitas fueron seres como nosotros en algún estadio de su existencia, que fueron degenerando hasta convertirse en orugas? —planteó.

—No lo creo de ninguna forma. Pero el profesor Dufour es un eminente y expertísimo biólogo y antropólogo. Creo que él podría contestar mejor a su pregunta —sugirió el ingeniero Leduc.

Miss Cameron se volvió al profesor.

—Por favor, profesor Dufour —suplicó.

El anciano sonrió.

—Está bien, le diré lo que sé. Naturalmente, se trata sólo de mi opinión, derivada de los estudios y exploraciones que se realizaron en Daggoona desde largos años atrás —dijo.

Y se aproximó a ambos.

—No parece que los daggoonitas sufrieran un fenómeno de degeneración. Yo creo, por ejemplo, que su morfología fue más o menos idéntica desde el origen. Pienso que la dureza de las condiciones de vida en Daggoona, les forzaron a evolucionar de forma que a través de miles de generaciones se fueron tornando inteligentes. Esta es la opinión más extendida entre mis colegas.

Mary se puso en pie y suspiró.

—Bien, parece que estaba equivocada y deficientemente informada —confesó—. Por favor, olvidémoslo todo. Me han hecho pasar un rato horrible.

Leduc estuvo de acuerdo.

—Tiene razón, miss Cameron. Olvidémoslo.

—Estábamos hablando de oro —intervino el profesor—, Pero antes permítanme invitarles a almorzar. Charlaremos mientras comemos.

Mary palideció.

—¿Comer? ¡Por lo que más quieran, no mencionen la comida siquiera! Esas horribles escenas me provocaron espantosas náuseas —dijo.

Dufour sonrió, benévolo.

—Como quiera. Pero acérquense los dos —rogó—. Me gusta tener cerca a mis interlocutores. ¿Les importa?

Miss Cameron y Leduc se aproximaron a la preciosa y larguísima mesa oval y tomaron asiento frente al profesor.

—Mi misión en este asunto está perfectamente definida: asesorar al Gobierno de Greenosfera. Como la suya, señorita Cameron, es la de informar al Gobierno. Nuestras posturas son determinantes para que el señor Leduc consiga o no lo que pretende de nosotros.

—En realidad, aún lo ignoro —respondió la joven.

Dufour iba a decir que la culpa era de ella, pero se contuvo a tiempo.

—Lo mejor es que usted mismo exponga su petición, señor Leduc —propuso.

—Muy bien —asintió éste—. Seré lo más claro y breve posible.

Expuso rápidamente que su organización, Inter-Cosmos, no disponía de los fondos suficientes para continuar sus planes de protección y desarrollo de los enclaves humanos situados en distintos sistemas solares y planetas de la Galaxia.

—Como ustedes saben, todavía existe un sistema de valores económicos, incluso en las civilizaciones no terrestres diseminadas por las áreas conocidas de la Galaxia. Y el patrón indiscutible sigue siendo el oro, que no sirve ya como mero motivo decorativo, tal que en los milenios pasados, pues tiene también una aplicación industrial y tecnológica —disertó Leduc.

Explicó a continuación el alcance y la ambición de los diversos planes de Inter-Cosmos, basados en la fraternidad, la comprensión y el conocimiento.

—Resumiendo: necesitamos el oro para llevar a cabo nuestros

planes. Pero no lo tenemos. Sabemos que en Greenosfera hay oro en cantidades casi inacabables. ¡Ya lo sé! —se apresuró a añadir al ver el asombro reflejado en las atractivas facciones de Mary Cameron—. Muchas personas que viven en este planeta ignoran sus recursos. En verdad, es un tema secreto. Nosotros descubrimos los yacimientos e informamos confidencialmente a su Gobierno, miss Cameron, que prefirió mantener en secreto tal hallazgo. No soy quien para aconsejarla, pero si fuera así mi recomendación es que no hable a nadie de esto, excepto a las personalidades gubernamentales. Créame, deposito sobre usted una gran responsabilidad al hacerle esta confidencia.

—Luego era eso —exclamó la joven, desconcertada.

—Sí. Su gobierno está al tanto. Ellos quisieron someter a informe mi petición. Usted y el profesor Dufour han de decidir, a la vista de mis argumentos. Les entregaré documentación exhaustiva sobre el destino que se le dará al oro que obtengamos, que se limitará a una cantidad razonable. Así ustedes podrán juzgar si nuestros propósitos son justos y merecen su aprobación. Si necesita hacerme alguna pregunta, estoy dispuesto a contestarla ahora mismo —sugirió Leduc.

Miss Cameron meditó un momento.

—La honestidad de las intenciones de Inter-Cosmos y sus miembros está más que demostrada. A nosotros mismos, las gentes de Greenosfera, nos ofrecieron mucho a cambio de nada —apreció Mary —. De modo que me parece justo que mi Gobierno aporte una parte de sus gastos y en este sentido rendiré mi informe. Pero hay algo que me intriga a nivel personal…

—Dígame —dijo Leduc, atento.

—¿Dónde están situados los yacimientos de oro?

Leduc vaciló un instante.

Pero finalmente respondió:

—Creo que puedo confiar en usted, miss Cameron. Los yacimientos están localizados en el cinturón ecuatorial de Greenosfera. Específicamente en el centro del Desierto de Góllumbar.

Mary parpadeó vivamente.

—¡El Desierto de Góllumbar! —exclamó, estupefacta—. Pero esa zona es muy peligrosa. Todavía se registran frecuentes seísmos y la orografía sufre continuos cambios. Además es una zona árida, sin agua, sin recursos...

—Nosotros iremos bien equipados —respondió Leduc.

—¿Nosotros?

—Yo iré al frente de la expedición. Naturalmente, nos trasladaremos hasta Góllumbar en aero-vehículos.

Miss Cameron se mostró muy sorprendida.

—Pero yo... yo imaginaba que usted era una especie de director, de administrador... —pronunció, confundida.

Leduc sonrió agradablemente.

—Señorita Cameron, los de Inter-Cosmos hemos de estar dispuestos y preparados para llevar a cabo cualquier misión que nos encomienden. Y a mí me han encomendado ésta —explicó con sencillez.

La joven se puso en pie y los dos hombres la imitaron.

—Bien, señor Leduc —dijo miss Cameron—, Puedo decirle que rendiré un informe favorable a mi Gobierno. Naturalmente, que aprueben o no su petición, no depende de mí.

Leduc asintió, sonriente.

—Lo comprendo. Y créame que le agradezco profundamente su solidaridad para con los planes de Inter-Cosmos. Ha sido un placer conocerla, miss Cameron.

Leduc tomó la mano de Mary y la besó galantemente.

Hubo un momento en que ambos se miraron a los ojos. Luego miss Cameron retiró su mano y se dirigió al exterior del edificio, donde la aguardaba un vehículo *overcraft*.

Leduc permaneció junto al curvado ventanal hasta que el vehículo se alejó velozmente hacia la próxima ciudad de Bantax, la mayor ciudad del planeta Greenosfera y sede del Gobierno.

Al cabo, dejó escapar un casi imperceptible suspiro y se volvió

hacia el profesor Dufour, que movía parsimoniosamente su cabeza canosa.

—¡Ah, dichosa juventud! —exclamó el profesor, nostálgicamente—. Mary Cameron es una excelente persona, pero excesivamente fogosa e incluso un poco irrespetuosa. Sus ideas avanzadas la convierten en lo que podríamos considerar una «progre». Bien, señor Leduc, ¿quiere acompañarme a la mesa? Estoy muerto de hambre.

—Gracias —respondió Leduc. Y le siguió a una estancia próxima.

Se volvió un momento hacia el ventanal.

—Lástima —pensó—. Es una mujer bellísima, sumamente interesante. Por desgracia, no volveremos a vernos.

CAPITULO III

Leduc despertó muy temprano aquella mañana.

Su madrugón se debía a la ansiedad que le asaltaba desde que, el día anterior, recibieran la visita de un enviado del Gobierno: su petición de dirigir una prospección minera en el Desierto de Góllumbar había sido aprobada.

Había algunas condiciones, claro.

El Gobierno de Greenosfera le autorizaba a extraer cien toneladas de oro de los yacimientos ecuatorianos, a condición de que admitiese la presencia de un interventor gubernamental. Además, previamente, el ingeniero Leduc debería presentar una lista con los nombres de los expedicionarios y el Gobierno la estudiaría. Tras lo cual daría su aprobación definitiva al ingeniero Leduc.

Julien estuvo de acuerdo. Las precauciones del Gobierno de Greenosfera eran justas, puesto que se pretendía mantener en secreto la circunstancia de que en Góllumbar existían grandes cantidades de oro. Era normal, por tanto, que los funcionarios quisieran asegurarse de que el personal contratado por Leduc fuera digno de confianza.

Como tenía confeccionada la lista, la entregó al representante del Gobierno y se dispuso a esperar *la luz verde* para iniciar el viaje de ocho mil kilómetros al Desierto de Góllumbar.

En cuanto a su equipo humano, Julien no tenía la menor duda. Diez de los exploradores eran técnicos de Inter-Cosmos, y los veinte restantes, personas de Greenosfera de antecedentes absolutamente honorables y a prueba de cualquier investigación.

Por lo demás, todo estaba dispuesto para el viaje.

En una zona especia! del cosmodromo Omega, a unos cuarenta kilómetros al norte de Bantax, se encontraba preparada una gran *Makros-II,* capaz de transportar más de quinientas toneladas de carga.

La *Makros-II* contaba además con una cincuentena de cabinas muy cómodas y espaciosas para el personal. En sus bodegas se almacenaba la maquinaria para remoción de tierra y diversos útiles complementarios, además de tres potentes *overcrafts* del tipo *Cyclone-Gamma* y casi cien toneladas de agua y provisiones.

Estaba seguro de que los altos funcionarios gubernamentales aprobarían su lista de expedicionarios. El representante que acababa de abandonar la villa que ocupaba Julien desde que llegase a Bantax, le había informado que en cuanto el Gobierno diese su visto bueno a la operación, el interventor designado por el Presidente Bwamar Galfi estaría a disposición del ingeniero Leduc para engrosar el equipo que se trasladaría inmediatamente al cinturón ecuatorial de Greenosfera.

Satisfecho por la marcha de sus gestiones, Julien decidió trasladarse a la residencia del profesor Paul Dufour con el fin de agradecerle en persona el decidido apoyo que había recibido de su viejo amigo.

Lo más probable era que Dufour le invitase a cenar, por lo que la velada se alargaría hasta la medianoche.

Pidió un over-taxi a través del videófono y se cambió de vestimenta. Mientras lo hacía, recordó a Mary Cameron y una sonrisa nostálgica distendió sus labios.

«Me hubiera gustado intimar con ella —pensó—. Lástima que mi misión me impida quedarme unas semanas en Bantax.»

Completamente vestido ya, comprobó que la caja electrónica de seguridad donde guardaba sus documentos secretos estaba perfectamente cerrada. Tranquilo ya, salió un momento al jardín para esperar al vehículo que le llevaría a la distante residencia del profesor Dufour.

Mientras aguardaba, paseó lentamente por las avenidas del parque que rodeaba la villa y se detuvo junto al estanque, donde admiró durante unos minutos los curiosos pececillos brillantes propios de la fauna del planeta.

Pero en seguida oyó el silbido que producía el *overcraft* del servicio de taxis, por lo que abandonó el parque, saludó al conductor y subió al vehículo, que partió inmediatamente hacia el norte por la gran avenida que dividía en dos la populosa ciudad de Bantax.

No había tenido la precaución de avisar a su amigo, por lo que cuando bajaba del over-taxi no se decidió a despedirle. temeroso de que el profesor no estuviera en casa.

Sin embargo, Dufour apareció en seguida a la entrada de la gigantesca burbuja de cristal que le servía de residencia.

—¡Ah, mi querido Julien! —saludó el anciano, mientras el *overcraft* se alejaba—. Estaba seguro de que no partiría sin antes despedirse de este viejo amigo. ¡Adelante, adelante! Le estaba aguardando.

Penetraron en la residencia y fueron al estudio principal, decorado con maravillosas muestras de piedras semi-preciosas, recogidas y seleccionadas por el profesor.

—Por cierto, que tengo una sorpresa para usted —anunció Dufour, mirándole a través de sus lentes, mientras preparaba unas bebidas refrescantes. Hacía mucho calor en Bantax, pues en el hemisferio norte de Greenosfera era pleno verano y Staal lucía con toda su intensidad en el firmamento verdoso.

—¿Una sorpresa? —preguntó Leduc enarcando, intrigado, la ceja derecha.

—Así lo juzgo —asintió Dufour—, Supongo que usted no esperaba volver a verla.

—¿A quién se refiere? —preguntó Leduc con súbito interés.

—Supongo que a usted ni siquiera le pasó por la mente la propabilidad de volver a encontrarse con ella, al menos no antes de su regreso de Góllumbar, ¿no es cierto?

—¿Miss Cameron? —preguntó el ingeniero de Inter-Cosmos, con interés creciente.

Dufour le entregó un vaso que contenía ,un líquido rojizo. Leduc se lo llevó a los labios y aspiró previamente el embriagador aroma que exhalaba el néctar. Luego probó un sorbo y chasqueó la lengua, satisfecho.

—Mary Cameron, en efecto —asintió el anciano, después de que ambos hubieran bebido—. Curiosa coincidencia, ¿no es cierto?

—¿Coincidencia? —inquirió Leduc, alzando la mirada de su vaso.

—Ya, ya, veo que aún no lo sabe —Dufour, enigmático, consultó su reloj de pulsera—. Se retrasa demasiado. Ya debía estar aquí.

—Pero ¿quién?

—¡Quién había de ser, sino miss Mary Cameron! Me llamó esta mañana y me dio la noticia. La invité a venir. Bueno, suponía que ambos se encontrarían en mi casa —confesó.

Hizo una pausa.

Viendo la expectación en el rostro moreno de Leduc, se decidió por fin a hablar claramente.

—Usted esperaba el nombramiento del interventor que ha de viajar con ustedes al Ecuador, ¿no es cierto? Pues bien: ella es el interventor —desveló.

Leduc, que estaba bebiendo, se atragantó.

Tosió secamente y por fin consiguió sofocar la tos y aclarar sus conductos respiratorios.

Luego miró con estupefacción al anciano..

—Así que ella deberá acompañarme… —murmuró asombrado—. Supongo que los del Gobierno sabrán lo que se hacen. Una mujer…

—Miss Cameron es un funcionario más del Gobierno. Y ocupa un cargo relevante en el staff del Presidente Bwamar Galfi —le informó Dufour—, Por lo demás, puedo asegurarle que se trata de una personalidad en asuntos políticos y de gobierno. Su tatarabuelo, Roland Cameron, fue el primer cosmonauta terrestre que puso su pie sobre Greenosfera y también quien dio nombre a este magnífico planeta. Se trata de una familia tradicionalmente liberal, progresista y

muy respetada...

Leduc carraspeó.

—Discúlpeme, profesor —dijo—. No trataba de poner en tela de juicio los valores humanos de la señorita Cameron. Sólo que... ella demostró un gran temor cuando citamos el Desierto de Góllumbar. Imagino que el nombramiento de interventora habrá supuesto para ella una dolorosa sorpresa y un destino indeseable.

El profesor sonrió enigmáticamente.

—No parecía muy asustada cuando habló conmigo esta mañana, ingeniero —afirmó—. Es más: yo diría que se la veía ilusionada.

—¿Ilusionada? —exclamó Leduc, incrédulo—. ¿Sabiendo que se verá obligada a convivir conmigo durante casi dos meses, quizá más? La verdad, no creo que miss Cameron me tenga gran simpatía. Lo demostró desde el principio en nuestra primera y hasta ahora única entrevista.

La sonrisa de Dufour se tornó ahora socarrona.

—Dígame, Julien..., ¿me permite que le llame por su nombre? —al ver que Leduc asentía, complacido, añadió—: ¿Cuántos años tiene usted, Julien?

—Voy a cumplir veintiocho.

—Demasiado joven para la responsabilidad que ha cargado sobre sus espaldas. Pues bien, Julien: ustedes, los jóvenes, me resultan un tanto ingenuos. ¡Sí, sí! —se apresuró a añadir—: Es usted un joven brillante y experto, un filántropo y un hombre honesto, pero ingenuo...

—Bien, lo que quiero decir…

Se interrumpió vivamente. Desde el exterior llegó el zumbido característico de un *overcraft*.

—Discúlpeme un momento —pidió Dufour—. Creo que miss Cameron acaba de llegar.

Y abandonó la estancia.

Volvió dos minutos después, precedido por Mary Cameron.

Leduc, que se había puesto en pie, quedó deslumbrado. Miss Cameron vestía un precioso y finísimo vestido de noche, prodigiosamente ajustado, de color violeta claro que contrastaba con sus cabellos rojos y brillantes y hacía juego con el color de sus ojos.

Había un destello de animación en su mirada y hablaba sin cesar con Dufour, muy divertida y entusiasmada. Al descubrir al ingeniero de Inter-Cosmos, su actitud cambió un poco.

—Ah, miss Cameron: había olvidado decirle que julien Leduc había venido a despedirse. Pero venga, venga. Le prepararé en seguida una bebida fría —dijo el profesor con su voz cascada y locuaz.

Mary pronunció unas palabras de saludo y se sentó frente a Leduc, de cara al ventanal, a través del cual llegaban los ya rojizos rayos de Staal, en la línea del horizonte.

Dufour volvió en seguida con el refresco de Mary Cameron, lo puso en sus manos y se sentó junto a Leduc.

—Me he permitido hablarle a Julien de su nombramiento como interventora, miss Cameron. Espero que esto no le moleste —dijo el anciano.

—¿Le molesta a usted, señor Leduc? —Mary clavaba sus ojos brillantes como gemas en el rostro del ingeniero—. Me refiero a mi nombramiento.

—Me… ha sorprendido, simplemente —confesó Julien—. El otro día no parecía usted sentir grandes simpatías por un viaje a Góllumbar.

Antes de responder, ella hurtó la mirada.

—Bueno, supongo que habrá sus peligros, pero el Gobierno me ha confiado esa misión y yo debo cumplirla. Espero y deseo que ambos colaboremos con buena voluntad —expuso.

La expresión del ingeniero se animó.

—Estoy seguro. Y, sinceramente, celebro que la hayan nombrado a usted.

Mary se mostró complacida al oír tal comentario. Y a continuación se disculpó con Dufour.

—Siento haberme retrasado, pero la reunión con Igor Brozinski y sus amigos y amigas resultó apasionante —declaró.

—¿Quién es Brozinski? —preguntó Leduc, curioso.

—Un embaucador, un farsante, que atrae a numerosas personas con falsos experimentos parapsicológicos, de telepatía, etc. Mediante algunos trucos, es capaz de divertir a su concurrencia, ciertamente. E incluso vivir sin dar golpe. Un vividor, eso es el tal Igor Brozinski —le informó el profesor, irritado.

—Yo también pensaba algo semejante antes de conocerle. Pero créame, profesor: Igor es un verdadero mago. Esta tarde le pedí que probara mi capacidad como telépata. Mejor dicho: él me lo había pedido hace unos días, en una reunión que celebramos en casa de unos amigos —intervino Mary.

—¿En qué consistió el experimento? —quiso saber Julien.

—Yo debía tomar un over-taxi y trasladarme al sur de Bantax, abandonar el vehículo y alejarme a pie. En un lugar resguardado, donde nadie pudiera mirarme ni espiarme, tendría que escribir lo que se me ocurriera en unas cuartillas...

—Siga, por favor —rogó Leduc, muy interesado.

—Pues bien: hice todo cuanto Igor me indicó. Bajé del vehículo a unos cuantos kilómetros de Bantax, me introduje en un bosquecillo y saqué un cuaderno y un lápiz. Empecé a escribir cuanto se me ocurrió, hasta rellenar unas cuantas cuartillas, que guardé cuidadosamente plegadas, en mi propia mano. Según me dijeron después mis amigos, Brozinski se había puesto a escribir justamente a la hora en que lo hice yo. Cuando volví a la casa donde se celebraba el experimento, leí en voz alta lo que había escrito en mis cuartillas. Igor mostró las suyas a todos los que quisieron leerlas. Pues bien: el texto coincidía palabra por palabra con lo que yo había escrito. ¿No le parece maravilloso, profesor?

Dufour se mesó el canoso mostacho con expresión excéptica.

—A pesar de ello, no creo en absoluto en la ciencia de Brozinski. Debió utilizar algún truco. Créame, miss Cameron: desconfíe de Brozinski. Desde que le vi por primera vez comprendí que se trataba de un farsante, de un individuo desprovisto de escrúpulos. ¡Todo lo que hace Brozinski es puro fraude! —exclamó.

Mary no estaba de acuerdo, y así lo manifestó. Según ella, Igor Brozinski era un verdadero mago, dotado de poderes casi sobrenaturales.

Comprendiendo que aquel tema disgustaba, por alguna desconocida razón, al viejo profesor, Leduc se las arregló para llevar la conversación a otros términos.

—Me siento preocupado ante nuestro inminente viaje —confesó —. Dígame, miss Cameron, ¿está segura de que podrá resistir cincuenta o sesenta días en pleno desierto? Según tengo entendido, las temperaturas diurnas alcanzan en Góllumbar los cincuenta y cinco grados a la sombra.

Mary sonrió deliciosamente.

—Mire, Leduc: si un hombre soporta tales rigores, puede estar segura de que yo no me quejaré —afirmó—. En cuanto al desierto ecuatorial, el principal peligro son los seísmos. Pero supongo que usted lo habrá tenido en cuenta.

—Sí, dentro de lo posible. ¿Conoce la fauna de Góllumbar? —consultó Leduc.

—Sólo he visto imágenes en el panoragrama de la Universidad Cameron. Sólo existen allí reptiles de todos los tamaños y especies y algunas manadas de krawus.

—¿Krawus? ¿Qué es eso? —preguntó Leduc, confuso.

—Lobos del desierto, una especie de coyotes de la Tierra —se apresuró a aclarar el profesor Dufour, que llevaba más de treinta años viviendo en Greenosfera—. Sólo que un krawu de este planeta suele pesar trescientos kilos en su edad adulta. Son animales temibles, feroces, que atacan en manadas de veinte a treinta individuos. Cuando se deciden a acometer no retroceden ante nada, aunque sus congéneres caigan a puñados. Si quedan uno o dos ejemplares con vida, son capaces de seguir atacando a dentelladas hasta ía muerte. Animales verdaderamente sañudos, tenaces, capaces de seguir destrozando a su presa aunque hayan recibido heridas mortales, Julien —movió la cabeza gravemente el profesor Dufour.

—Se fabrican cuevas subterráneas, que escarban con sus potentes pezuñas —añadió Mary Cameron—. Son extraordinariamente prolíferos, quizá como un mecanismo de defensa contra la hostilidad del medio en que viven. Cuando consiguen una presa, se hartan hasta

devorar un tercio de su propio peso. Sus vientres se abultan desmesuradamente y apenas pueden caminar entonces. Es su único momento vulnerable. Entonces se les puede atacar con todas las ventajas. Un krawu harto de pitanza se arrastra pesadamente hasta su madriguera y duerme durante varios días, hasta haber terminado una laboriosísima digestión.

Leduc miró alternativamente al profesor y a miss Cameron.

«¿Estarán tratando de impresionarme, de amedrantarme?», pensó. Pero Dufour no tenía la expresión del hombre que bromea.

—Todo eso es cierto, Julien —afirmó con lentas cabezadas el profesor—. Esos cánidos de Góllumbar son dignos de tener en cuenta. Cada hembra preñada pare hacia la primavera una camada de doce o quince cachorros. Es cierto que pierde la mitad, aproximadamente, antes de que los cachorros puedan arreglárselas por su cuenta. Víctimas de sus depredadores, que también tienen los krawus...

—¿Qué clase de depredadores? —preguntó Leduc, que seguía Tas explicaciones de sus dos interlocutores con decidida atención.

Mary Cameron se humedeció los labios con una lengua húmeda y rosada. Al contemplar aquel gesto, Julien se sintió un tanto nervioso.

—Ya sabe que la Naturaleza guarda un equilibrio justo, Leduc —dijo la joven—. La ecología del Desierto de Góllumbar, en este aspecto, y en otros muchos es verdaderamente apasionante. Pero yo sólo soy una aficionada en cuestiones zoológicas. El profesor, en cambio, es todo un veterano...

Dufour estaba deseando hablar. Quizá por ello miss Cameron había decidido cederle la palabra.

—Julien, las zonas desérticas de Góllumbar suponen un mundo aparte y primitivo, muy diferente de las zonas subtropicales y glaciares de Greenosfera —explicó Paul Dufour, entrelazando los dedos de ambas manos en un gesto expresivo—. Pero miss Cameron se referia específicamente a los depredadores de los krawus, que en otro estadio son, a su vez, el azote de esos reptiles de Góllumbar.

Dufour tomó un sorbo de su aromático refresco y añadió:

—Todavía guardo, como una reliquia, los veintidós tomos de la biblioteca Gallup, editada en la Tierra hace setecientos años. Allí

estudié todo lo que sé sobre los varanos e iguanas... Pues bien, los hoeglows vienen a ser unos varanos, aunque de proporciones gigantescas en comparación con los saurios gigantes de la isla de Komodo (planeta Tierra). Los hoeglows de Greenosfera viven en los arenales, donde se hunden profundamente para conservar la humedad, pues en caso contrario morirían deshidratados en pocas horas.

—¿Y dice que los varanos de Góllumbar son depredadores de esos corpulentos lobos? —pregunto Julien, asombrado.

—Así es. Un hoeglows mide más de ocho metros y pesa algo más de una tonelada. Son saurios muy vulnerables, pues no tienen placas córneas como los cocodrilos, sino que son semejantes a enormes lagartos. Pero como los varanos de Komodo, son tan voraces que necesitan casi la mitad de su peso para hartarse...—Pero eso exigiría una actividad casi constante —opuso el ingeniero de Inter-Cosmos—. Y teniendo en cuenta que en el cinturón ecuatorial las temperaturas rara vez bajan de los cincuenta grados...

—Sólo se mueven de noche. Entonces se ve moverse la arena y los monstruos abandonan sus húmedas protecciones —intervino Mary Cameron—, Es justamente la hora en que los krawus abandonan sus madrigueras subterráneas para salir de caza, incluso las hembras. Abandonan a sus crías y... los hoeglows se introducen y destrozan las cuevas y devoran a los cachorros de los krawus.

—Lo que no es obstáculo para que, a lo largo de sus correrías, los corpulentos y famélicos lobos del desierto ecuatorial den caza y engullan durante la noche a diez o doce pesados hoeglows. Como ve, Julien, existe en Góllumbar un perfecto equilibrio ecológico.

Un poco impresionado, a su pesar, Leduc exclamó:

—Equilibrio ecológico, pero... peligroso. Al menos para nosotros.

Miss Cameron sacudió su larga melena airosamente. Al compás del movimiento, un resplandor cobrizo se reflejó en el cristal. Se había puesto el sol y las sombras de la noche caían sobre la casa-burbuja del profesor Dufour.

—¿Tiene miedo, señor Leduc? —preguntó la mujer, mordiéndose sus húmedos labios con redomada coquetería.

—Cautela, diría yo. Y créama, Mary..., ¿puedo llamarla así? Le

ruego que me llame Julien. No estoy familiarizado con los rígidos tratamientos de la etiqueta.

—¡Encantada! —dijo Mary, entusiasmada—. Pero aún no ha respondido a mi pregunta. ¿Tiene miedo, Julien?

Leduc reflexionó sobre el significado de la insistente pregunta. ¿Quería burlarse de él la guapa pelirroja?

Hinchó sus pulmomes de aire lentamente, carraspeó y dijo:

—Tal vez, Mary. El miedo es algo saludable; supone una especie de revulsivo que nos agita frenéticamente y nos predispone a defendernos. Y, a propósito, usted parecía aterrada mientras el profesor Dufour proyectaba las grabaciones K-16 tomadas en Draggona. ¿O lo ha olvidado?

CAPITULO IV

Había una actividad febril alrededor de la impresionante aeronave *Makros-ll,* posada sobre las pistas secundarias del cosmódromo Omega, ubicado a treinta kilómetros de Bantax.

Los vehículos de servicio se movían alrededor del aero-vehículo de transporte incesantemente, acarreando víveres, medicinas y otras provisiones.

Julien Leduc estaba a bordo y consultaba nerviosamente su cronómetro.

—¿Cuándo va a venir? —murmuraba entre dientes, de cuando en cuando.

El equipo humano de la operación dirigida por el representante de Inter-Cosmos hacía largo rato que subiera a bordo. En realidad, Leduc trataba de distraer sus nervios encargando nuevas vituallas a la Intendencia de Bantax. Con un sólo objetivo: dar la sensación de que no estaban esperando a Mary Cameron.

Al fin, cuando estaba a punto de estallar de impaciencia, un *overcraft* con la estrella azul del Gobierno de Bantax, atravesó las pistas bajo el largo fuselaje del *Makros-ll.*

—¡Al fin! —gruñó el ingeniero, desesperado.

Una airosa figura acababa de descender del deslizador y se dirigía parsimoniosamente hacia el *Makros-ll.*

—¡Y encima se recrea...! —gruñó Leduc, comprobando la premiosidad de la interventora nombrada por el presidente Bwamar Galfi.

Sin embargo, hubo de reconocer para sí que jamás había visto una mujer más perfecta ni mejor vestida.

Miss Cameron vestía una falda tableada color celeste y un suéter que ponía de manifiesto la rotundidad de sus atributos femeninos en la región pectoral.

—*Nom d'un chien!* —gruñó a pesar de todo.

Pero recordó la maravillosa velada que había vivido la noche anterior en compañía de Mary y el profesor Dufour y comprendió que su tensa actitud estaba fuera de lugar.

Así que caminó aprisa por el pasillo de carga del aero-vehículo y fue a recibir a la interventora del Gobierno.

De todas formas, su expresión no era demasiado amable cuando dio la bienvenida a la única mujer que pasaba a formar parte de la expedición. Se mostró correcto, pero severo y hermético.

Todo lo contrario que Helmut Kriger y Alberto Chaes, los dos mecánicos que estaban al pie de la escotilla de acceso. Prácticamente, a los dos hombres se les caía la baba cuando miss Cameron les saludó con una sonrisa radiante.

—Acompaña a miss Cameron a su cabina —indicó Leduc a su ayudante, un joven muy moreno llamado Nelson Gonçalves—. Yo tengo que dirigir la maniobra —añadió como disculpa.

La escotilla se cerró inmediatamente y los propulsores de la *Makros-II* zumbaron potentes a los pocos segundos.

Desde la cabina de navegación, Julien asistió al despegue. La aeronave se elevó casi verticalmente sobre los prados y zonas boscosas que rodeaban la metrópolis y finalmente se dirigió hacia el sur.

Después de hablar brevemente con Zerd Jarolowski, su primer piloto, el ingeniero se retiró a su cabina.

Se sentía dominado por un intenso complejo de desconfianza. Y, en cierto modo, tenía motivos para sentirse inquieto.

En su villa de Bantax quedaba un precioso traje azul, completamente destrozado. Y en sus manos y en sus piernas aún señales de las mordeduras de los jirris.

Con un suspiro, Julien Leduc se dejó caer sobre su lecho. En aquel momento, pensaba en Mary Cámeron y en lo que había deducido poco después de que se despidiera de ella y del profesor Dufour.

Durante la cena, el profesor había sacado unas botellas de matta, el riquísimo vino rojo de Bantax.

Julien se había mostrado sobrio, pero Mary había menudeado

excesivamente las libaciones, animada por una extraña jovialidad. Contemplándola, se diría que era la mujer más feliz del mundo.

Hablaron sin cesar durante la cena. Mary parecía una erudita en todo lo relacionado con el Desierto de Góllumbar. Aunque se había mostrado modesta al principio de la velada —impulsó a Dufour a explayarse sobre aquellos temas—, disertó después ampliamente sobre lo divino y lo humano en relación con la yerma u árida zona del cinturón ecuatorial.

Luego de repente, ella misma desvió el tema de conversación. Dejó escapar una risita, mientras decía:

—¡Igor Brozinski quiso besarme! Bueno… lo consiguió. No sé por qué me miraba tan fijamente. Tal vez trataba de hipnotizarme. Y en verdad que posee una mirada hipnótica. No sé qué ocurrió. Cuando me di cuenta, él estaba besándome en la boca. Consciente ya, le separé de mí, sin darle importancia. Pero él quería continuar y…

Oyéndola hablar, Leduc se sintió extrañamente inquieto, disgustado.

Pero ¿por qué? En la permisiva sociedad de Bantax, lo normal era que los jóvenes se reunieran, simpatizaran y se amaran, sin más problemas.

Pero a Julien las risas desordenadas de miss Cameron, sus labios húmedos, carnosos y brillantes, su loca hilaridad, su superficialidad… Todo ello le provocó una terrible tensión que comenzó a agriar el buen ánimo con el que se había iniciado la velada.

Recordaba que, en un momento determinado, había preguntado su edad a miss Cameron. Un pecado imperdonable, pues las mujeres seguían siendo eso: mujeres.

Pero Mary era suficientemente joven como para que la pregunta, tan personal e íntima, le disgustase.

—Sesenta y ocho años, según Greenosfera. ¿Cuántos, profesor, según el cómputo de la Tierra? —preguntó ella a Dufour, un poco insegura.

—Veintitrés, miss Cameron —respondió el anciano.

—Brindemos por sus veintitrés años, Mary —propuso Julien. Y alzó su copa llena de matta.

También el profesor acercó su copa para el brindis, pero Mary chocó la suya contra las otras con tanto ímpetu que los tres finísimos cristales se rompieron y el vino se derramó sobre la mesa.

Inmediatamente, la joven palideció.

—¡Hoogud! —exclamó, aterrada.

—¿Hoogud? ¿Qué significa esa palabra? —preguntó Leduc, desconcertado.

—Una superstición waina —respondió Dufour, un tanto disgustado—. Los wainas componían una cultura antiquísima, cuyos descendientes viven aún en Shugarta y Melikinos, más allá del Ecuador. Una de sus supersticiones incluía el hecho o la creencia de que la desdicha caería sobre aquellos que rompieran sus vasos al brindar. Era una cultura muy avanzada, hace varios milenios, según se cree, pero apenas conocemos a los antiguos wainas. En último caso, se trata sólo de eso: una superstición.

Lo que más preocupó a Leduc fue el hecho de que Mary permaneciera inmóvil, estática, con los restos de su copa en la mano.

—¿Que le ocurre? —preguntó a Dufour.

El anciano movió la cabeza gravemente, pero en sus ojos había un brillo burlón.

—Sencillamente, creo que se ha achispado un poco —susurró al oído de Julien, inclinándose discretamente—. Yo que usted la llevaría a su casa en un over-taxi. Vive en una residencia fabulosa, situada en el Githwarade Mansions, al Sudoeste. Espere: pediré el taxi para ustedes. Se lo ruego, Julien: lleve a miss Cameron a casa. El mismo vehículo le dejará a usted en su residencia de Mauveplace, yo me ocuparé de todo. ¿Está de acuerdo?

—Por supuesto —respondió Julien, que miraba a la mujer, asombrado.

Dufour abandonó la estancia.

Mary continuaba en aquella actitud estática, pasiva, absolutamente inmóvil, con los restos de su copa en la mano derecha.

Sus ojos violeta no parpadeaban. No había el menor movimiento en ella, ni siquiera una leve vibración epidérmica.

Incapaz de reprimir su impulso, Julien se incorporó, se acercó a ella lentamente y luego acercó sus labios a los de miss Cameron en una caricia levísima.

Inmediatamente, ella dejó caer la copa —que se hizo añicos sobre el pavimento de granito pulido— y exhaló un gritito y una carcajada burlona.

—¡Sorpresa! —exclamó.

Estupefacto, Julien se separó un poco y la miró asombrado. Pero Mary le tomó por un brazo, le atrajo hacia sí y le besó tan profunda y absorbentemente, que el ingeniero de Inter-Cosmos sintió vibrar todo su ser de pies a cabeza.

Probablemente, la hubiera abrazado prietamente. Probablemente, hubiera murmurado locas palabras al oído de aquella mujer bellísima. Probablemente...

Pero el viejo profesor llegó en ese momento y Julien se separó de la joven bruscamente.

—¡Ah, Julien! El over-taxi estará aquí dentro de unos minutos. Pero ¿qué ha ocurrido? Ah, ya veo: nuestra amiguita ha vuelto en sí.

Mary Cameron dijo en ese momento:

—Igor Brozinski me confió un secreto: todo el poder y la sabiduría que posee hoy le fue confiado por un viejo waina que vivía en Thenabb. Y yo estoy segura de que todo eso es cierto.

Dufour movió la cabeza, comprensivo.

Y. dijo*

—Llévesela, Julien.

Y susurró a su oído:

—No olvide que miss Cameron es una persona importante. Aunque su actitud sea un poco extraña, le ruego que la respete y la trate como si fuera mi propia hija.

A lo cual, Leduc respondió irguiéndose sobre sí mismo con cierta rigidez y expresando:

—En mi mente no había otra intención, profesor Dufour.

Luego llegó el over-taxi, Julien tomó a Mary por la cintura y la arrastró al exterior.

El profesor les deseó buenas noches y volvió al interior de su pintoresca residencia.

Pero al subir al vehículo, Julien comprendió que no era un simple over-taxi, sino un lujoso y aerodinámico *overcraft* privado.

Depositó cuidadosamente a Mary sobre el mullido asiento e iba a dar una dirección al conductor, cuando éste se volvió y dijo:

—Buenas noches, señor Leduc. Soy Wath, servidor de la familia Cameron. Espero que hayan disfrutado de una velada agradable. Llevaré a miss Cameron a casa. ¿O prefiere que le lleve antes a su villa de Mauveplace?

La sorpresa le impidió contestar en unos segundos.

«Así que su familia la protege constantemente…», dedujo.

—Vaya primero hacia Githwarade —indicó al servicial Wath—. Después… Bien, le agradeceré que me deje en casa.

—Perfectamente, señor —respondió Wath, cortésmente. Y el vehículo se puso en marcha fulminantemente, ganó la avenida Nor-Noroeste y llegó en pocos minutos a Githwarade.

Leduc no bajó, pero le bastó lo que pudo ver a través de los cristales para quedar deslumbrado. Un edificio de ensueño, espléndidamente iluminado, rodeado de frondosos y amplios jardines, lagos y cascadas. Esa era la residencia de los Cameron.

Un hombre y una mujer —servidores, sin duda— vinieron hacia el coche y se llevaron a miss Cameron, que murmuraba algo entre dientes y reía sin cesar.

El vehículo arrancó de repente y la residencia Cameron fue quedando atrás hasta fundirse finalmente en las sombras.

Pocos minutos después estaban en Mauveplace.

Jules Leduc dio las gracias a Wath, escuchó su saludo de despedida y descendió del *overcraft.*

Aspiró con fruición el fresco aire nocturno y luego caminó sin prisas a través del reducido parque que rodeaba su villa.

De repente, se detuvo, cauteloso.

Dentro de la villa acababa de brillar, aunque fugazmente, una luz.

Aguardó unos segundos, absolutamente inmóvil y fundido con la masa oscura de los arbustos que ornaban el parque.

La luz tornó a brillar a través de una ventana.

Leduc caminó hacia allá temerariamente. No llevaba ningún arma encima, pero no estaba dispuesto a permitir que el merodeador escapase.

Muy cerca de la fachada, Leduc vio la sombra que abandonaba su villa a través de una ventana.

E inmediatamente, saltó sobre el intruso.

Oyó un gruñido confuso y el merodeador se volvió con tanto vigor y brusquedad que el ingeniero fue despedido violentamente a cinco pasos de distancia.

Dolorido y conmocionado, fue incapaz de reaccionar con la necesaria prontitud. Todavía estaba en el suelo, cuando aquella masa gruñidora se arrojó sobre él y comenzó a golpearle salvajemente.

Uno de los golpes le dejó sin sentido instantáneamente. El corpulento desconocido se lo cargó al hombro con gran facilidad y caminó a través del parque hasta el borde del estanque, donde dejó caer bruscamente su carga.

Inmediatamente, huyó.

Entretanto, Julien Leduc volvía en sí al zambullirse en el agua fría. De repente, sintió un mordisco en un muslo y gritó de dolor.

Chapoteó con torpeza sobre el fondo limoso del estanque, de poco más de un metro de profundidad.

Trataba de alcanzar el borde, cuando sintió otros menudos pero agudos mordiscos en las piernas.

El agua hervía a su alrededor cuando, aterrado, consiguió izarse fuera de la piscina.

La oscuridad era demasiado densa en la piscina, pero Leduc

pudo oír cómo las aguas bullían, agitadas por miles de pececillos asesinos.

Dirigió una desorientada mirada a su alrededor y luego, chorreante, se alejó hacia la casa.

Dio la luz y comprobó que sus pantalones comenzaban a teñirse rápidamente de rojo en algunos puntos.

—Estoy... sangrando —murmuró estupefacto.

Su traje estaba prácticamente deshecho en jirones. Quizá el hecho de llevar aquel traje de fibras artificiales le hubiera salvado la vida, pues la resistente tela había evitado que los agudo dientecillos de los peces carniceros llegasen inmediatamente hasta sus carnes.

Llamó por el videófono al servicio de Seguridad y pidió que le enviasen también un médico, pues sus heridas seguían sangrando sin cesar.

Luego, mientras aguardaba, comprobó que todos los muebles habían sido registrados e incluso destrozados en parte. La casa estaba regada de ropas y otros enseres, pero la caja fuerte estaba intacta, así como su contenido, lo cual le tranquilizó un tanto.

Poco después llegaron los de Seguridad, acompañados del doctor Sicay, el cual se asustó al ver la cantidad de sangre que chorreaba a través de los pasillos de la casa.

Las heridas de Leduc fueron convenientemente desinfectadas y vendadas. El ingeniero estaba vistiéndose, cuando volvieron del parque los dos agentes que habían ido a inspeccionar el estanque.

—No logro entender su capricho, señor Leduc. ¿Por qué cría millares de esos peligrosos jirris en su estanque? ¡Pudieron devorarle en pocos minutos! —comentó uno de los de Seguridad.

—¿Jirris? ¿Qué es eso? —quiso saber Leduc.

Se lo explicaron pacientemente. Los jirris eran pececillos de apenas veinte centímetros de longitud, de color plateado brillante, pero dotados de tan poderosa dentadura, que eran muy capaces de dar cuenta de un cuadrúpedo de grandes dimensiones en apenás un cuarto de hora.

—Cuando yo llegé a Bantax, esos pececillos estaban ya en el

estanque —confesó Leduc—. No conocía esa especie de pirañas y los juzgué pececillos inofensivos. Pero ahora sé que alguien los puso en el estanque con intenciones criminales.

CAPITULO V

La *Makros-II* alcanzó su techo de quince mil metros de altitud y fijó su rumbo definitivo hacia el Sur.

A través de la escotilla de su cabina, Julien Leduc contemplaba, fascinado, la atmósfera verdosa. El color verde esmeralda de la atmósfera de aquel planeta había animado, cientos de años atrás, a un antepasado de Mary Cameron a llamar Greenosfera al cuerpo celeste que ahora sobrevolaba el gran aero-vehículo.

Aquel raro fenómeno había llamado poderosamente la atención de Leduc en su primer viaje a Greenosfera, cinco años atrás.

En realidad, casi nadie podía explicárselo. La atmósfera era verde y eso era todo.

Sin embargo, la luz que irradiaba Staal era tan clara y dorada como la del Sol que iluminaba y calentaba la Tierra y los restantes astros del sistema solar.

La explicación definitiva la obtuvo Leduc del profesor Dufour.

—El color esmeraldino responde a la riqueza de la propia atmósfera, sobre todo a su abundancia en gases nobles, como el helio y otros. El aire de Greenosfera es sumamente beneficioso para la vida animal y vegetal. Cuando lleve unos días aquí, advertirá cómo aumentan prodigiosamente su fuerza y su resistencia al cansancio.

Y era cierto, rigurosamente cierto. Leduc se había sentido más vigoroso en seguida.

Ahora, a bordo de la mastodóntica *Makros-II,* Leduc tenía una prueba más de las excelencias del clima y la atmósfera de Greenosfera: las peligrosas mordeduras que le habían inflingido los feroces jirris estaban casi cicatrizadas en un tiempo récord y carecían de peligro.

A pesar de lo cual, Leduc se sentía preocupado. La irrupción en su villa de Bantax de un salvaje desconocido, su violenta acometida y su decidido afán de asesinarle, tenían un significado evidente: alguien

estaba empeñado en hacer fracasar sus proyectos relacionados con el oro de Góllumbar.

Pero ¿quién, quiénes? Y en cualquier caso, ¿cómo habían logrado averiguar que el ingeniero de Inter-Cosmos se proponía arrancar cien toneladas de oro de los macizos áridos del desierto?

Leduc no podía entenderlo. Personalmente, había llevado a cabo los contactos con personalidades del Gobierno. Sus entrevistas con determinadas personas se habían rodeado de toda clase de precauciones. Por lo demás, tanto el profesor Dufour como Mary Cameron eran personas dignas de entera confianza.

—Sin embargo, no cabe duda de que ha habido filtraciones. A partir de ahora, tendré que permanecer vigilante —se dijo.

Tenía razones, sí, para sentir desconfianza y preocupación.

Ni siquiera los hombres de su equipo —veinte funcionarios de Inter-Cosmos y diez personas contratadas en Bantax— estaban informados del verdadero objetivo de aquel viaje.

Lo sabrían, ciertamente, cuando llegasen a Góllumbar, pero Leduc confiaba en todos ellos y, además, ninguno de ellos tendría éxito en pleno desierto, aunque sintiese estallar la codicia dentro de su corazón.

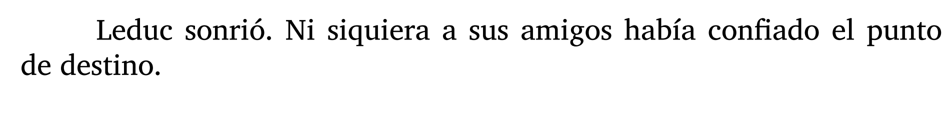
Poco a poco, Leduc se fue tranquilizando. La *Makros-II* cruzaba majestuosamente el firmamento esmeralda de Greenosfera y dentro de dos horas descendería sobre Góllumbar.

Incapaz de permanece encerrado a solas en su cabina, Leduc la abandonó.

En la cabina de navegación, Peter Jacobsen charlaba animadamente con Zerd Jaralowski y el segundo piloto y experto mecánico Guy Definn.

Jacobsen, ingeniero en minería, era un hombre de treinta años, robusto y jovial, a quien Leduc conocía desde muchos años atrás. Confiaba plenamente en él y le profesaba una profunda amistad.

—¡Ah, ya está aquí el jefe! —exclamó Peter, cuando le vio aparecer—. Julien, Zerd y yo estábamos haciendo cábalas sobre el destino de nuestro viaje.



Leduc sonrió. Ni siquiera a sus amigos había confiado el punto de destino.

—Pronto lo sabréis —respondió—. ¿Todo va bien, Zerd, Guy? —preguntó a los pilotos.

—¡Magníficamente! —exclamó Jaralowski—. Estos aparatitos fabricados en Bantax se dejan manejar con sorprendente facilidad.

—Tanto mejor —respondió Leduc. Y abandonó ia cabina de navegación y descendió a las bodegas para echar una ojeada al material móvil.

No le había pasado por alto la agitación de que daban muestras los dos pilotos y el ingeniero Jacobsen.

Esto era lógico, en cierto modo, puesto que normalmente los hombres de su equipo conocían anticipadamente el punto de destino de sus viajes.

Leduc había estado a punto de hablar con claridad: se dirigían al Desierto de Góllumbar. Sólo que en el último momento decidió callar.

Estuvo a punto de tropezar con Mary cuando ascendía de los hangares. Ella había cambiado sus elegantes galas matinales por un sencillo «mono» ajustado, azul claro que resaltaba atractivamente su magnífica silueta. Y parecía tan excitada como los demás.

—¡Ah, Julien! Estaba buscándole —dijo miss Cameron, agradablemente sorprendida.

No le pasó por alto la admiración que traslucían los ojos del hombre. Y sonrió con una pizca de coquetería.

—¿Qué le parece, Julien? —preguntó. Y se contoneó ante él, redomadamente provocativa.

Leduc desvió la mirada.

—Demasiado sugerente —opinó—. Le aconsejo prudencia, miss Cameron: mi equipo está formado solamente por hombres. Y usted es demasiado bella.

Mary rió con toda su alma.

—Pero, Julien —le reprochó—. ¿No habíamos acordado tratarnos sin formalismos? Llámeme Mary. Ese «miss Cameron» suena

horriblemente.

—Como prefiera. Pero se lo ruego: no provoque a mis hombres. En general, son correctos y considerados, pero durante muchos días tendrá que convivir con ellos. En el campamento no habrá otra mujer que usted, ¿comprende? Y a través de mis propias pasiones, puedo calcular muy bien lo que sentirán ellos cuando la vean aparecer a usted con esos... esos atavíos tan sugestivos —explicó el ingeniero. Y añadió, severo—: Se lo suplico.. Sea sensata y no los provoque.

La expresión de Mary Cameron se enfrió súbitamente y su risa; tan fresca y juvenil, cesó de repente.

—*Señor* Leduc —puso especial énfasis en la palabra «señor»—: no soy una mujerzuela. Y de ningún modo me proponía provocar a sus excitables machos.

Tras lo cual, giró sobre sus talones y se alejó rápidamente hacia su cabina.

Leduc quedó de una pieza.

¿Por qué se mostraba ofendida aquella mujer? El no había intentado agraviarla con sus comentarios, sino prevenirla.

Durante unos instantes, Leduc permaneció en el pasillo, absorto. Finalmente, se encogió de hombros y se encaminó a la cabina de navegación para dar instrucciones a Jaralowski.

Media hora después, la *Makros-II* descendía lentamente de las alturas y se abatía, planeando, sobre la ardiente extensión árida del desierto.

Altísimos chorros de arena se alzaron hacia el firmamento cuando el aero-vehículo descendió verticalmente sobre el suelo candente en mitad de una llanura amarillenta.

Una espesa polvareda rodeó a la *Makros-II.* Tan intensa era la cortina de polvo amarillo que durante varios minutos los expedicionarios no pudieron atisbar el exterior.

Al cabo, las corrientes térmicas ascendentes arrastraron las tolvaneras y el ambiente quedó más despejado.

La temperatura, en el interior de la *Makros-II,* había sufrido un tremendo cambio. A pesar de que el sistema de acondicionamiento de

aire era automático, los termómetros marcaban cincuenta grados y las treinta y dos personas que ocupaban el aero-vehículo exudaban copiosamente.

Leduc habló brevemente con Jacobsen y los acondicionadores aumentaron su régimen de servicio hasta que la temperatura descendió a treinta grados y los expedicionarios pudieron respirar.

Inmediatamente se despresurizó la nave y se abrieron las Compuertas.

Tras contemplar durante unos minutos el desolador paisaje que les rodeaba, Leduc ordenó a sus hombres que sacaran unas redes almacenadas en la bodega. Durante treinta minutos, todos trabajaron vertiginosamente en la tarea de cubrir la *Makros-II* con las largas y tupidas redes de camuflaje.

Cuando terminaron, Leduc permitió unos minutos de descanso a la sombra.

—No entiendo nada —comentó en voz alta Helmutt Kriger, que se apoyaba, desfallecido, sobre el tren de aterrizaje de la aeronave—. ¿Para qué tantas precauciones, señor Leduc?

—En primer lugar, estas redes nos darán sombra y aminorarán el calor del astro solar —explicó el ingeniero—. Pero, además, evitarán que la *Makros-II* y nosotros mismos seamos vistos desde el aire.

Kriger se rascó furiosamente la pelambrera pajiza.

—Aún sigo sin comprender, señor —dijo.

—Está bien, os diré la verdad: hemos venido aquí para buscar oro. El oro que necesita Inter-Cosmos para poner en práctica centenares de proyectos pendientes —confesó Leduc.

Y añadió:

—Confío plenamente en todas las personas que integran este equipo. A pesar de lo cual, determiné no decir la verdad hasta este momento. ¿La razón? Tengo suficiente experiencia para saber que no se pueden hacer comentarios acerca de aquello que se ignora. Eso es todo.

Los hombres se miraron los unos a los otros, desconcertados.

—Bien. Pero ¿dónde está el oro? —preguntó Kurd Honner, un joven químico de ojos azules y largos cabellos rubios.

—Ni yo mismo lo sé aún con exactitud. Pero sé que está aquí y lo encontrarenos — repondió el ingeniero de Inter- Cosmos.

Leduc dispuso que tomaran un refrigerio bajo las redes. Los hombres estaban hambrientos y acogieron tal decisión de buen grado.

Se abrió el fuselaje de la aeronave y se distribuyó la comida y bebidas frías.

Mary Cameron permanecía a cierta distancia. Su enfado no sólo no se había borrado, sino que aún parecía más enconado. Leduc comprobó que ella había cambiado su anterior atuendo por una bata gris no muy vistosa y una gorra de visera que ocultaba sus brillantes cabellos rojos.

La miró insistentemente, mientras duró el almuerzo. Esperaba con interés que sus miradas se cruzasen, pero ella permanecía ensimismada, ajena a todo y a todos.

Hacia las tres de la tarde hacia tanto calor que Leduc consideró inútil iniciar la exploración.

Los hombres del equipo habían sacado de la aeronave colchonetas livianas y yacían tumbados a la sombra, charlando en susurros y dirigiendo de cuando en cuando ardientes miradas a la bella representante del Gobierno de Bantax.

También Julien se sentia dominado por la indolencia que provocaba en sus hombres la alta temperatura de la canícula. De todas formas, miraba de vez en cuando a través de unos potentes prismáticos hacia las distantes montañas del sur y hacía algunas anotaciones en un cuaderno.

Peter Jacobsen se acercó a el caminando con toda la pereza del mundo.

—Skeleton Mountains —susurró, dejándose caer junto a él—. ¿Es eso lo que le interesa, Julien?

Leduc alzó su vaso y dio un largo trago de su refresco helado.

—Iremos a echar un vistazo en cuanto el sol deje de castigar esta tierra candente —respondió Julien. Y murmuró, como para sí—. ¿Por

qué le llamarán «Montañas de los Esqueletos» a esas alturas roqueñas?

Peter se encogió de hombros.

—No tengo ni idea, nunca estuve ahí. En realidad, ni siquiera estoy seguro de que eso —señaló las cumbres blanquecinas que se elevaban en la distancia— sean las Skeleton Mountains. Pero ya lo averiguaremos cuando vayamos a explorar.

El silencio era absoluto. De la llanura arenosa se elevaba raudamente el aire recalentado, pero bajo las altas redes de camuflaje la temperatura se iba tornando tan elevada que el aire era irrespirable.

De repente, Jacobsen tocó a Leduc en el brazo.

—¿Adonde va? —susurró.

Mary Cameron ascendía a la aeronave.

—Se asará ahí dentro —añadió Jacobsen—. He estado arriba y las planchas ardian. ¿Qué es lo que le ocurre a esa guapa mujer? No parece querer nada de nosotros.

Leduc estuvo a punto de decir:

«Yo tuve la culpa. Creo que fui excesivamente brusco con ella. Tal vez debería pedirle disculpas.»

Pero el comentario que hizo fue muy diferente.

—Ya se lo advertí. El Desierto de Góllumbar no es para mujeres. ¡Allá ella...!

Y se dejó caer sobre su colchoneta.

No quería dormir, pero le asaltó el sopor y poco a poco se fue adormeciendo.

Cuando despertó estaba bañado en sudor, pero la temperatura era más fresca. Staal, inmisericorde, brillaba en las alturas, pero su declinación hacia el poniente era ostensible ya.

Hubiera dado cualquier cosa en aquel momento por tomar una ducha fría. Pero las reglas eran idénticas para todos: no se derrocharía una sola gota de las cien toneladas de agua potable que transportaban los tanques de la *Makros-ll* antes de que se perforase el suelo de Góllumbar y se hallase agua subálvea suficiente.

Dio un grito de aviso y los hombres comenzaron a rebullirse en sus colchonetas.

—Bajad uno de los *Cyclone-Gamma* —indicó Leduc al forzudo Zachary Banacai. Y los hombres de Banacai ascendieron a la aeronave. Poco después, se abrió el fuselaje y una ancha rampa fue tendida hasta el suelo arenoso.

Mientras disponían el *overcraft.* Leduc habló brevemente con su ayudante y hombre de confianza, el decidido Nelson Gonçalves.

—En mi ausencia, tuyo es el mando. Dispon que se establezca suficiente vigilancia alrededor de la *Makros-II.* Debemos estar preparados para cualquier contingencia, puesto que apenas conocemos este desierto.

—Muy bien. ¿Vas a explorar esos riscos? —dijo Gonçalves, dirigiendo una mirada llena de ansiedad hacia Skeleton Mountains.

—Desde luego. La existencia de oro en esta zona fue detectada desde el aire con poderosos aparatos electrónicos, pero no conocemos con exactitud la ubicación de los filones —explicó el ingeniero—. De modo que tendremos que recorrer las estribaciones con detectores portátiles. Sin embargo, volveremos dentro de un par de horas.

Leduc nombró a las personas que debían integrar el grupo de exploración, entre los que se contaban el mineràlogo Ted Ardopoulos, Alberto Chaes y el joven Kurd Honner.

Leduc fue el último en subir al *Cyclone.* Ya rugían ios propulsores del *overcraft* y se alzaban chorros de arena a su alrededor, cuando se oyó un grito agudo.

Mary Cameron descendía de la aeronave y corría hacia ellos.

—¿Cómo se le ocurre partir sin mí, señor Leduc? —exclamó la mujer, airada—. ¿Ha olvidado que soy la interventora del Gobierno y debo estar presente en todas las exploraciones?

Leduc asintió.

—Lo sé. Pero creí que estaba usted descansando. Por eso no le envié aviso —se disculpó.

Pero ella subió a bordo sin hacer ningún comentario. Leduc, que la miraba de reojo, advirtió que ella evitaba mirarle y se encerraba en

sí misma.

El *overcraft* partió inmediatamente, dejando tras de sí una gran polvareda. En unos pocos minutos, el vehículo atravesó la treintena de kilómetros de arena caliente que separaba la *Makros-II* de Skeleton Mountains y se detuvo en las estribaciones áridas de la cordillera.

Los seis hombres y la mujer que componían el equipo de exploración descendieron del vehículo y dirigieron miradas llenas de curiosidad hacia los elevados farallones grisáceos.

Ante ellos la roca madre se abría en una hendedura estrecha, cuyas paredes se perdían en las alturas.

—Echemos una ojeada —propuso Leduc. Y distribuyó detectores electrónicos de metales preciosos entre sus hombres.

Iniciaron la ascensión a lo largo de la angosta rendija. Las rocas despedían un calor insoportable. A veces, cuando se detenían a recobrar el aliento, el silencio profundo era turbado por el crepitar misterioso de la roca, que comenzaba a enfriarse paulatinamente, después de haber alcanzado durante la canícula temperaturas de hasta ciento diez grados centígrados.

La luminosidad había descendido considerablemente. Aún no se había puesto el sol, pero caminaban por el fondo de aquella hendedura profunda y la luz diurna apenas llegaba desde las alturas en forma de penumbra.

Luego, paulatinamente, advirtieron que la brecha se ensanchaba y sus bordes superiores decrecían.

De repente, Kurd Honner —que caminaba en vanguardia—, se detuvo en el lugar en que el desfiladero describía una curva.

—¿Qué ocurre? —gritó Leduc, advirtiendo que la fila india que formaban sus compañeros se detenía.

—Venga a verlo, si le apetece —respondió Honner, con voz un poco temblorosa.

Abriéndose paso con dificultad entre sus hombres, Leduc avanzó junto al químico.

—¡Mire eso!

Señalaba hacia el centro de la espectacular hondonada en la que desembocaba la hendedura.

Fascinado, Leduc contempló aquel singular descubrimiento: el anfiteatro rocoso estaba poblado por millares de colosales esqueletos.

Se trataba, indudablemente, de restos óseos correspondientes a animales mastodónticos, desaparecidos milenios atrás de la faz de Greenosfera.

Formaban enormes montones aquí y allá y llenaban por completo el fondo de aquella hondonada pétrea de unos ochocientos metros de diámetro.

CAPITULO VI

—¿Qué demonios es eso? —exclamó Teo Ardopoulos, estupefacto.

Todos se apiñaban unos sobje otros para contemplar, asombrados, las pilas de descomunales huesos que llenaban el anfiteatro.

—No lo sé —murmuró Leduc—. Parece una especie de cementerio gigantesco.

—Es posible —asintió Honner—. Quizá esos animales desaparecidos venían por instinto a morir a un lugar retirado como éste.

—O quizá perecieron porque estaban encerrados en este lugar y no pudieron escapar antes de morir —opinó Alberto Chaes.

—En cualquier caso, supone un descubrimiento apasionante —exclamó Mary Cameron, muy excitada—. ¡Este hallazgo me permitirá, quizá, averiguar muchas cosas sobre la prehistoria de nuestro planeta!

Leduc decidió que siguieran avanzando, con el fin de explorar más minuciosamente los contornos del singular cementerio de mastodontes.

Aunque no era fácil abrirse paso en aquel maremágnum de restos óseos, rodearon las inclinadas paredes del anfiteatro. Desde una posición más elevada, divisaron, al otro lado de una hondonada, una

impresionante cascada de lava brillante. Por encima de la espectacular catarata pétrea se alzaba el cono de un volcán, que debía elevarse no menos de cuatro mil metros sobre el cementerio.

Hasta entonces, los detectores de metales no habían mostrado sino débiles señales de agitación, pero a medida que contorneaban el anfiteatro y se aproximaban a la cascada de lava, los aparatos se fueron excitando gradualmente hasta el punto de que sus agujas señalaron el punto máximo del dial.

Observado esto, Leduc se detuvo.

—¡Apenas puedo creerlo! —exclamó, pasmado de asombro—. ¿Veis lo mismo que yo en vuestros aparatos?

Teo Ardopoulos asintió.

—Debe ser una veta riquísima. ¡Jamás había visto nada igual!

Todavía incrédulos, aproximaron los detectores hasta formar una hilera con los mismos.

No cabía duda: todos los aparatos señalaban al unísono el punto máximo del dial.

Como se encontraban bajo la cascada de lava, Leduc dirigió una rápida mirada a las alturas.

Luego consultó al mineralógo con la mirada.

—¿Es posible que el oro brotara del volcán, Teo? —preguntó.

—No hay nada imposible —respondió, perplejo—, pero esto no es lo acostumbrado. El oro no suele brotar del fondo de los planetas. Se le suele encontrar nativo entre el cuarzo. Y lo más extraño es que aquí no hay cuarzo.

—Pero los detectores...

—Es evidente que el oro está ahí —Ardopoulos señalaba el muro de lava, cuya superficie adoptaba caprichosas formas, semejante a una cascada petrificada—. Detrás de esta roca fundida.

Se tomaron un momento de respiro. Los hombres se dejaron caer sobre el suelo, pero Mary Cameron permaneció en pie, contemplando, fascinada, la brillante piedra negruzca que pendía en cuajarones petrificados de las alturas.

—Es posible que el oro esté ahí, como indican los detectores. Pero díganme una cosa: ¿cómo piensan extraerlo de esta hondonada? —planteó—. Para que la *Makros-Il* pudiera posarse en el fondo de esta hondonada, tendrían que vaciarla primero de restos óseos. Y según calculo, esos millares de esqueletos deben pesar centenares de miles de toneladas. ¿Cómo se las arreglarían, entonces? Al parecer el único acceso, es esa profunda hendedura de apenas dos metros de anchura a través de la cual hemos llegado hasta aquí.

El rostro de Leduc se ensombreció.

—Tiene razón —dijo—. No podríamos traer aquí la maquinaria necesaria para extraer el metal, ni siquiera los *overcrafts*...

Se irguió de repente y se alejó. Sus compañeros le vieron escalar con gran esfuerzo la pared rocosa de la hondonada y ascender hasta unos treinta metros de altura.

Desde allí. Leduc elevó los grandes prismáticos que llevaba colgando del cuello por una correa.

Al momento, escucharon su grito de júbilo. El ingeniero descendió apresuradamente de las alturas del anfiteatro y se reunió muy excitado con sus camaradas.

—¡Debe haber otro acceso, debe haberlo necesariamente! —exclamó—. He visto una especie de grieta, allá hacia el Sur. ¡Si el paso fuera suficientemente ancho como para permitir el paso de un *Cyclone,* nuestro problema estaría resuelto!

—Muy bien —respondió el animoso Kurd Honner—. Vayamos hacia allá. Exploremos.

Pero los demás componentes del grupo se miraron entre sí con inquietud.

—Se está haciendo de noche —observó Ardopoulos—. Tal vez...

—Tienes razón. Lo mejor será esperar a mañana. Staal se ha puesto ya y la temperatura está descendiendo progresivamente —Leduc consultó su termómetro de pulsera—. Tenemos veintidós grados. Dentro de una hora, comenzará a helar.

Honner se impacientó.

—¡Pero si sólo estamos a un paso! En unos minutos, sabremos si

existe ese paso situado al sur. Además, hay luz suficiente todavía —invocó.

Tras una breve indecisión, Leduc se decidió.

—De acuerdo, pero apresurémonos —dijo.

Y él fue el primero en abrir la marcha.

Sus pasos apenas producían un leve rumor al avanzar sobre el inclinado piso de lava, pero los esqueletos de los monstruos prehistóricos y las grietas de las rocas crepitaban misteriosamente a su alrededor.

Caminaban a tan vivo paso gue en unos quince minutos estuvieron al otro extremo del anfiteatro.

Detrás del farallón que había estudiado Leduc a través de los prismáticos, se abría un desfiladero de unos cuatro metros de anchura. El cañón se hacía más espacioso a medida que se alejaba de la hondonada y su piso estaba compuesto por grava y arena.

—¿Lo veis? —exclamó Kurd, jubiloso—, ¡Ha valido la pena!

Leduc asintió vivamente.

—Eso parece. Era lógico, por otra parte, que existiera una salida a las aguas que deben recogerse en este anfiteatro durante el período de lluvias. La prueba son esos cantos rodados, la arena…

—Avancemos un poco —propuso Honner—. Parece que este desfiladero se hace más y más ancho hacia el sur.

Caminaron unos trescientos metros a lo largo del cañón. Leduc decidió volver atrás cuando comprobó que su termómetro de pulsera había descendido catorce grados en poco más de media hora.

Hacía frío. Mary Cameron tiritaba ostensiblemente, a pesar de la caminata.

—Volvamos por donde vinimos —decidió Leduc.

Rodeando el cementerio de monstruos prehistóricos, caminaron rápidamente hacia la garganta norte junto a la pared oriental de la hondonada.

Leduc sabía que en cuanto las sombras de la noche cayeran

sobre el Desierto de Góllumbar, la temperatura descendería vertiginosamente hasta alcanzar los veinte grados bajo cero.

Pensando en esto, decidió que tal vez sería factible recoger agua de rocío extendiendo unas lonas sobre el fuselaje de la *Makros-II.*

De todas formas, las condiciones del trabajo no iban a ser cómodas. Durante las horas diurnas centrales, la altísima temperatura impediría el menor esfuerzo físico. Durante la noche, el peligro era el frío extremo. Y algo peor: las manadas de krawus que recorrían el desierto a la caza de los hoeglows gigantes, que sólo se hacían visibles cuando las tórridas temperaturas diurnas descendían a cero grados centígrados.

—Tendremos que aprovechar al máximo las primeras horas de la mañana y las más frescas del crepúsculo —decidió para sí, mientras caminaba rápidamente en pos del incansable Kurd Honner.

El frío traspasaba ya sus finas ropas cuando llegaron a la hendedura. Aún seguían crepitando las entrañas de la roca y de vez en cuando desde las alturas se precipitaban hacia el fondo de la garganta menudos fragmentos de materia pétrea que les obligaban a detenerse o buscar amparo bajo las paredes inclinadas del desfiladero.

A escasa distancia ya de la desembocadura de la brecha al desierto, Kurd se detuvo de repente y todos chocaron entre sí.

—¿Qué pasa ahora? —inquirió Leduc, impaciente por llegar cuanto antes al *Cyclone-Gamma* que les aguardaba a unos centenares de metros de distancia.

Kurd se volvió y solicitó silencio con un ademán imperioso.

—¡Callad! —susurró—. Me ha parecido percibir un sonido anormal. Como... como una especie de gruñido.

—Esperad aquí —pidió Leduc a los demás—. Kurd y yo nos adelantaremos para echar una ojeada.

Avanzaron silenciosos a lo largo de la grieta.

El piso descendía en fuerte pendiente y debían sujetarse en ios muros pétreos para dominar el descenso.

Luego, de improviso, resonó aquel gruñido animalesco.

Kurd se detuvo.

—¿Ha oído? —preguntó a Leduc en un susurro.

Y éste asintió, tan consternado como Honner.

Una palabra se insinuó en los labios del ingeniero.

—Krawus.

De todas formas, impulsó levemente a Kurd y avanzaron unos pasos.

Desde allí, más próximo, el coro de bestiales gruñidos llegó con toda claridad a sus oídos.

Espantados, asomaron por encima de un risco erizado y vieron a la manada de lobos de Góllumbar.

—¡Son... son enormes! —musitó Kurd, estremeciéndose.

Una manada compuesta por una treintena de krawus rodeaba el *Cyclone-Gamma,* a unos sesenta metros de distancia.

Los feroces y corpulentos cánidos de pelaje erizado y larguísimos colmillos que brillaban a la pálida luz del crepúsculo, se movían constantemente alrededor del *overcraft.*

Aquellas fieras debían estar hambrientas, porque algunos machos de impresionante alzada mordisqueaban, impacientes, los faldones elásticos del *overcraft,* compuestos por resistentes láminas de caucho y entretejido de acero.

Leduc se aterró. E inmediatamente, se arrepintió de haberse dejado convencer por Kurd en su deseo de explorar inmediatamente el desfiladero sur.

Kurd, por su parte, debía pensar algo semejante, porque miró a Leduc, conmovido, y susurró:

—Lo siento: fue culpa mía. Si hubiéramos regresado antes, probablemente...

Pero Leduc le hizo callar con un ademán enérgico.

Retrocedieron lentamente, esforzándose en no producir el menor rumor que pudiera alertar a las fieras.

De todas formas, Julien era consciente del peligro que corrían. Según lo que sabía acerca de los kawus, estos cánidos del desierto gozaban de un olfato finísimo, por lo que era de esperar que, antes o después, los lobos detectasen la presencia humana en la garganta pétrea y la manada se precipitase hacia allí para devorarlos.

Kurd perdió el control de sus nervios y echó finalmente a correr hacia el fondo del tajo.

Un momento después, Kurd se reunía con los demás. En seguida llegó Leduc.

—¿Qué le ocurre a Kurd? —preguntó Alberto Chaes—. Se diría que ha visto al espíritu Errante de Granwaha...

—Treinta krawus rodean nuestro *overcraft* —les informó el ingeniero. Y preguntó, impaciente—: ¿Quién de vosotros trajo el fusil láser?

Los hombres cambiaron veloces miradas entre sí. Y un momento después, Leduc sabía la espantosa realidad: ninguno de ellos había recogido un arma del vehículo con la que poder defenderse ahora.

Máry Cameron parecía a punto de llorar, pero supo contener su miedo y su desesperación.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —se atrevió a preguntar.

Julien Leduc dejó escapar una risita nerviosa.

—Lleguemos al final de la garganta e intentemos ganar las alturas antes de que los krawus detecten nuestra presencia aquí. Esos bichos son demasiado pesados para escalar esas cornisas rocosas. Es lo único que podemos hacer ahora, dadas las circunstancias —respondió el ingeniero de Inter- Cosmos.

—Pero eso... supone aproximarnos a los krawus —balbuceó la mujer, lívida.

—O eso o... exponernos a que los kawus caigan de pronto sobre nosotros y nos despedacen. Hemos sido unos estúpidos, señorita Cameron, ¿no lo entiende? A ninguno se le ocurrió tomar una de las armas que trajimos en el *Cyclone-Gamma.* Si salimos de ésta, les juro que ninguno de ustedes se separará de un fúsil láser ni siquiera a la hora de...

Se interrumpió, violento, alzó una mano e indicó a los demás que debían seguirle. Tras una breve indecisión y animados por la seguridad de que daba muestras Leduc —a pesar de su propio e íntimo pánico—, todos le siguieron.

Recorrieron los últimos metros con gran lentitud. Pero como Leduc había advertido, al final del tajo la roca escalonad permitía ascender por la súbita pendiente con cierta facilidad.

Se encontraban a unos veinte metros de altura, cuando comprobaron, asombrados, que no había ningún animal alrededor del *Cyclone-Gamma.*

Aunque la noche había caído rápidamente, Leduc alzó sus prismáticos de larga distancia y miró a través de ellos.

Luego dejó caer los prismáticos sobre su pecho y exhaló un profundo suspiro de alivio.

—La manada galopa hacia el norte. He visto brillar unos puntitos luminosos. Se trata al parecer, de las luces de la *Makros-ll:* han debido atraer a los krawus en la oscuridad —explicó.

Todos respiraron, más tranquilos.

Pero la aprensión volvió a ellos cuando Leduc añadió:

—Ojalá no pillen desprevenidos a nuestros camaradas de la *Makros-ll.* ¡Esos bichos galopan a una velocidad endiablada...!

CAPITULO VII

Julien fue el primero en descender de las alturas y en llegar en una carrera al *Cyclone-Gamma.*

No tardó más de unos segundos en comprobar que las tarascadas feroces de las fieras sólo habían arrancado pequeños fragmentos de los faldones de compresión del *overcraft.* Pero para entonces, sus compañeros —incluidos la aterrada Mary Cameron— habían subido ya al vehículo.

Nerviosos, empuñaban y ponían a punto los fusiles láser, pero se sintieron avergonzados al ver subir al ingeniero Leduc.

—Comprendo —pronunció Julien—, No creáis: también yo me

senti aterrado.

Ocupó el lugar del conductor y puso en marcha los propulsores del gran *overcraft* de carga, que inmediatamente zumbaron con descomunal vibración.

Un potente chorro de luz bañó las arenas un momento después. El vehículo aumentó su vibración y se alzó sobre el desierto, hacia el norte.

Los puntitos luminosos correspondientes a las luces de la *Makros-ll* se convirtieron en potentísimos reflectores a los pocos minutos de veloz marcha sobre el desierto.

Como Leduc había supuesto, los krawus rodeaban la aeronave. Pero más de la mitad habían sido aniquilados ya por los rayos de los fusiles que disparaban desde las escotillas —elevadas siete metros por encima del nivel del suelo— Zerd Jaralowski, Banacai, Kriger, Gonçalves y otros hombres del equipo.

Leduc y los suyos ni siquiera se vieron forzados a hacer uso de sus armas, pues la docena de krawus que aún quedaba con vida, lanzaron gruñidos quejumbrosos y se perdieron en la oscuridad galopando desesperadamente.

Dentro del *overcraft,* Kurd lanzó una risotada nerviosa.

—¡Pasamos tanto miedo! —exclamó—. ¡Pero también los krawus temen a los rayos mortíferos de nuestros fusiles...!

Julien no hizo ningún comentario. Parecía profundamente disgustado.

—Salgamos —propuso—. Y tú mismo, Kurd, lleva el *overcraft* arriba.

Decendieron.

Delante de él, Mary hacía pantalla con ambas manos sobre sus ojos para protegerse de la cegadora luz que irradiaban los reflectores de la *Makros-II.*

Leduc quedó junto al *Cyclone-Gamma* hasta que todos los hombres bajaron y se dirigieron hacia la escala metálica que descendía ya desde una escotilla de la aeronave.

Distraído un momento, Leduc no pudo advertir la indecisión de miss Cameron. El camino hacia la escala aparecía obstaculizado por numerosos cadáveres de krawus y Mary contemplaba, con Supersticioso temor, los enormes cuerpos pardos, sin decidirse a cruzar entre ellos.

Súbitamente, Leduc se sobresaltó al escuchar aquel chillido agudísimo, seguido de un raro graznido.

Cuando separó su atención del vehículo que Kurd ponía en movimiento hacia la rampa de acceso a los hangares, vio algo que le dejó en suspenso.

Una especie de gran quiróptero de un metro de envergadura acababa de abatirse sobre la mujer, la cual cayó al suelo y siguió chillando con alaridos capaces de enfriar la sangre en las venas.

Leduc tardó unos segundos en reccionar.

Al cabo, corrió hacia Mary, se abalanzó sobre ella, apresó a la repugnante bestia nocturna por una viscosa ala membranosa y tiró de ella con todas sus fuerzas. El quiróptero chillaba tan estridentemente como Mary, pero Leduc lo aplastó finalmente con sus botas y alejó el cuerpo negruzco a patadas.

Cuando tendió una mano a miss Cameron, la joven temblaba de pies a cabeza. Julien tiró de ella y la obligó a incorporarse.

Ella le miró lívida, temblorosos los labios, incapaz de pronunciar una sola palabra. De repente, se arrojó en los brazos del hombre y le apretó convulsivamente.

—Calma, calma, no ocurre nada —la tranquilizó Julien—. Era uno de esos murciélagos gigantes tan abundantes en Greenosfera, pero según tengo entendido son absolutamente inofensivos y sólo se alimentan de insectos.

Ella apartó su rostro del pecho de Leduc y balbuceó:

—Pero... ¡se arrojó contra mí!

—Los focos debieron deslumbrarle. Fue algo accidental. Cálmese. Vamos a subir.

La llevó hacia la escala y la empujó hacia arriba.

Pero Mary se volvió hacia el hombre, le miró un instante y le besó conmovida.

—¡Lo siento, oh, no sabes cuánto lo siento, Julien! Me enfadé. Sólo soy una estúpida —murmuró.

Leduc sonrió.

Luego, advirtiendo que nadie los veía, atrajo a la joven por los hombros y la besó apasionadamente.

—Olvídalo —dijo a su oído—. También yo me comporté como un estúpido. Te ofendí sin proponérmelo. Pero ahora es preciso que subamos. Aún no sabemos cuántas sorpresas nos deparará la noche.

Sabía que las diferencias surgidas entre ambos acababan de desaparecer. En cierto modo, Leduc incluso se sentía agradecido a aquel asqueroso bichejo por haber ido, desorientado, a caer sobre miss Cameron.

Llegaron arriba y las escotillas fueron aseguradas herméticamente. Al momento, sus camaradas se arremolinaron alrededor de ellos. Querían conocer noticias, interesarse por el resultado de la exploración, hacían constantes preguntas, necesitaban saber.

Leduc interrogó a Gonçalves sobre la aparición de la manada de krawus en las proximidades de la *Makros-ll.*

—¡Nos llevamos un susto de muerte! —exclamó el ayudante de Leduc—. Habíamos decidido aguardar fuera, pues la temperatura exterior era muy agradable, aunque el termómetro descendía demasiado aprisa. ¡Y de pronto escuchamos aquellos aullidos feroces y vimos aparecer a las bestias, lanzadas a un galope alucinante! Bueno... Apenas tuvimos tiempo suficiente para subir. Por fortuna las escalas estaban echadas y esos krawus se lanzaron contra las colchonetas y los escasos residuos de comida que habíamos enterrado en la arena. Pero nuestra mayor preocupación' era por la suerte que vosotras pudiérais haber corrido. Ya conocíamos la existencia de los krawus y tú nos los habías descrito, Julien, pero una cosa es escuchar una descripción y otra muy diferente ver aparecer de repente una manada de esas corpulentas bestias de trescientos kilos. En seguida encendimos los reflectores, pues hasta entonces sólo manteníamos encendidos pilotos de escasa potencia con el fin de que nos sirvieran de orientación en la distancia, puesto que estaba anocheciendo velozmente...

—¡Eso fue lo que nos salvó! —exclamó Leduc, palmeando la espalda de su ayudante—. Los krawus percibieron las luces y cabalgaron hasta aquí, abandonando nuestro *overcraft.* En caso contrario, lo hubiéramos pasado muy mal…

E hizo un rápido relato de cuanto les había ocurrido en Skeleton Mountams.

—Todos fuimos unos insensatos y me cuento yo el primero —añadió Julien—. A partir de ahora, todos tendremos nuestras armas al alcance de la mano. Imagino que no tendré que repetir esta orden. Ya sabéis a lo que se expone el que lo olvide.

Todavía muy excitados, se retiraron a cenar. Más tarde, se reunieron en la espaciosa cabina de navegación para escuchar al jefe de la expedición.

Leduc estipuló las horas de trabajo. A la vista de todos, levantó un mapa de la hondonada de Skeleton Mountains, para lo cual pidió a los del grupo de exploración que le ayudaran con los datos que cada cual había recogido.

—Mañana, al amanecer, exploraremos el desfiladero sur, que debe desembocar en las estribaciones de la montaña, situadas a poco más de dos kilómetros del lugar donde dejamos nuestro *Cyclone-Gamma* —explicó—. Comprobaremos si el trazado de ese desfiladero permite el paso de nuestros *overcrafts* y si es así transportaremos la maquinaria de minería al circo volcánico, bajo la Cascada de Lava. No creo que sea necesario vaciar de restos óseos toda la hondonada. Bastará con que amontonemos esos grandes esqueletos de forma que permitan el paso de los vehículos hasta la cascada.

Informado cada cual de su cometido para la próxima jornada, Leduc aconsejó a todos que se fueran a descansar.

—Es preciso que todos recuperemos energías para mañana. Iniciaremos nuestra, jornada al amanecer —recordó.

Personalmente, Julien se sentía derrengado tras la primera jornada vivida en las ardientes latitudes del Desierto de Góllumbar.

Sin embargo, cuando se dirigía a su cabina recordó a Mary Cameron y no pudo resistirse a la tentación de visitarla para desearle un feliz descanso.

Rememoraba la apasionada actitud de Mary cuando, después de

librarla de! repugnante quiróptero gigante, ella se arrojó impetuosamente sobre él y le besó profunda y amorosamente.

«¿Se trató sólo de un impulso emotivo propio del susto o quizá de un sentimiento más profundo?», se pregunto.

No podía contestarse a sí mismo aquel interrogante, pero él sí estaba seguro de qué Mary Cameron representaba para Julien Leduc mucho más que una aventura frívola. *Sabía* ahora, sin lugar a dudas, que la amaba profundamente.

Se detuvo ante la cabina ocupada por Mary y pulsó el botón avisador.

Transcurrieron unos segundos. La puerta de la cabina seguía cerrada. Leduc tornó a oprimir el timbre con mayor insistencia.

Fue inútil, pues Mary no apareció.

¿Se habría dormido ya, en seguida, instantáneamente? A pesar de ello, el zumbador de aviso era lo suficientemente sonoro como para despertar a un sordo.

Ya se disponía a marcharse, cuando escuchó aquella voz.

Era la voz de Mary Cameron, que sonaba a través de la puerta.

La faz de Leduc se ensombreció.

«Así que todo fue una ilusión —se dijo, entristecido—. No cabe duda de que Mary recibe. en la intimidad a algún amigo.»

Los celos mordían su corazón como una alimaña rabiosa.

Tenía la tentación de seguir escuchando, pero finalmente aquella conducta le pareció indigna, por lo que se apartó de allí y se recluyó en su cabina.

Le costó gran esfuerzo conciliar el sueño, pues la amargura y el despecho le atosigaban, pero finalmente el cansancio le rindió y durmió profundamente.

Algún tiempo después despertó bruscamente.

Se incorporó y oyó el insoportable sonido del avisador.

Adormilado aún, se alzó del lecho, encendió la luz y caminó

tambaleante hasta la puerta, que abrió de golpe.

—¿Qué sucede ahora? —gruñó, destempladamente.

Peter Jacobsen pareció sorprendido ante la extemporánea actitud de su jefe y amigo.

—Pensé que mi deber era informarte. Ha ocurrido algo, ahí fuera... ¿quieres venir? —preguntó Jacobsen.

—Está bien. Voy allá —decidió.

Y volvió al interior de su cabina, se vistió apresuradamente y salió al pasillo, donde caminó velozmente en pos de Peter.

Junto a las ventanillas del acceso de babor, cinco hombres empuñaban fusiles láser y aguardaban a Leduc en tensa espera.

—¿Qué hacen esos hombres con los fusiles en la mano? —preguntó el ingeniero de Inter-Cosmos, sobresaltado.

—Será mejor que eches una ojeada al exterior —propuso Jacobsen.

Leduc se inclinó sobre el cristal y miró con ansiedad.

Sus facciones, un poco descoloridas, se fruncieron en una mueca de profunda repugnancia.

Abajo en la arena, a la luz de los focos, unos gigantescos reptiles semejantes a colosales lagartos devoraban con increíble voracidad los cadáveres de docena y media de krawus.

Desde el lugar donde se hallaba, Leduc podía ver a unos cuarenta de aquellos varanos enormes apiñados en varios círculos, disputándose la pitanza en medio de extraños gruñidos, bufidos, crujidos de dientes y otras impresionantes manifestaciones de ferocidad.

Los temibles hoeglows se empujaban violentamente, saltaban unos por encima de los otros, se arremetían con fiereza y pululaban por doquier, disputándose unas piltrafas.

—Abrid una escotilla —ordenó Leduc—. Quiero verlos mejor.

Jacobsen se apresuró a obedecer. A la luz de los focos, los hoeglows daban cuenta rápidamente de los cadáveres de los krawus.

—Zanovich estaba de guardia cuando escuchó el estrépito que formaban esos bichos. Encendió los focos, vio a los voraces hoeglows y vino inmediatamente. Zanovich dice que muchos de ellos emergieron de entre la arena a escasa distancia de aquí. Lo que quiere decir que esos bichos han permanecido bajo nuestros pies durante el día —relató Peter Jacobsen.

No son peligrosos durante el día, sino durante la noche —les expliqué—. Si estos hoeglows abandonaran la arena húmeda durante las horas de intenso calor, morirían deshidratados en pocas horas. Por eso salen a cazar por la noche. Sus presas habituales son los cachorros de krawu —aseguró Leduc.

—Sea como fuere, se trata de bestias repugnantes. ¡Vamos a hacer una escabechina! —exclamó Jacobsen, alzando su fusil láser.

—¡No! —gritó Julien, arrebatándole temerariamente el fusil.

Peter le miró con ojos desorbitados.

—¿No? ¿Por qué? ¡Se trata de bestias peligrosas! —protestó violentamente.

—No para nosotros —negó el ingeniero de Inter-Cosmos—. Estamos fuera de su alcance. Pero, además, ellos están llevando a cabo una interesante labor que nos beneficia.

—¿Una labor que nos beneficia? —inquirió Jacobsen, incrédulo.

—Sí, hacen de carroñeros. Limpian nuestro entorno de los cadáveres de los krawus, que nos veríamos obligados a enterrar profundamente mañana en evitación de sufrir peligrosas infecciones y plagas de insectos. ¿No comprendéis?

Peter asintió lentamente.

—Está bien, dejaremos que esos bichos sigan adelante con su repugnante trabajo —admitió.

Sin embargo, Leduc no confiaba demasiado. Imaginaba que sus hombres podrían sentir la tentación de ejercitar el tiro al blanco con los gigantecos varanos de Góllumbar y decidió permanecer en su puesto de observación durante un rato.

—Reflexionad —insistió—. Si abatimos a esos corpulentos reptiles, no sólo no nos librarían de la carroña, sino que, además, sus

cadáveres se corromperían rápidamente en cuanto la temperatura subiera a cincuenta y cinco grados. Con ello no conseguiríamos sino atraer nuevamente a manadas de krawus, ¿vais entendiendo?

La postura de Leduc era suficientemente sensata como para ser aceptada por sus hombres, que le eran fieles por convicción.

Julien permanecía asomado al vacío, cuando se volvió bruscamente al sentir sobre sus hombros unas manos frescas y finas.

—¡Mary! —exclamó, estupefacto.

En efecto, miss Cameron se inclinaba sobre él, afectuosa.

—¿De qué te sorprendes? —susurró ella—. Tienes todo el aspecto de quien acaba de ver un espectro. Soy yo, querido.

«Querido», repitió Leduc, incrédulo.

Mary se asomó un momento, pero se retiró, espeluznada.

—Es... horrible, Julien —murmuró—. Creo que volveré a la cama. Esas escenas no son para mí.

Había tomado las manos del hombre y se las acariciaba suave, lentamente.

—Pero... —murmuró Julien, atónito.

Mary sonreía apenas, pero sus hermosos ojos color violeta miraban intensamente a los del hombre.

Era como una muda invitación que Leduc no podía ignorar de ninguna manera.

—Acompáñame, por favor —susurró ella.

Jacobsen y los otros contemplaban con tanto interés lo que sucedía en el exterior que ni siquiera habían percibido la llegada de la mujer.

Advirtiéndolo así, Julien se dejó llevar irresistiblemente por el brillo sugestivo de los ojos de miss Cameron.

Cruzaron raudos el pasillo. Ella empujó la puerta de su cabina, entró, tomó a Julien por las manos y le atrajo dentro.

—¡No puedo entenderlo! —exclamó el hombre con tal violencia que la joven parpadeó, perpleja.

—¿A qué te refieres?

—Hace dos o tres horas creí enloquecer de celos. Vine hasta tu cabina, ansioso por desearte un feliz descanso. Pulsé repetidas veces el botón del zumbador, pero tú no abriste. Estabas hablando con alguien, con otro hombre supongo... ¡Y ahora me invitas a penetrar en tu cabina! —se asombró el hombre.

Mary mostró un intenso desconcierto. Pero al fin se echó a reír con aquella risa generosa, fluida y cantarína, que mostraba sus perfectos dientes e incitaba a besar rendidamente su boca.

—¿Otro hombre? ¡Pero qué tonto eres, querido! —exclamó alegremente—. Eso es imposible: yo sólo te quiero a ti.

Leduc jadeó, envuelto en un turbión de pasión.

. —¿Estás segura? —susurró.

—Absolutamente —declaró Mary con ardor—. Créeme: es la primera vez que siento amor por un hombre. No voy a negarte que me he sentido atraída por otros individuos, pero jamás experimenté una pasión más desbordada ni profunda como ahora. Sólo te quiero a ti, Julien. ¿Por qué supones que estoy aquí? Yo misma me propuse como interventora ante el Gobierno de Bantax para poder estar cerca de ti. Tengo suficiente prestigio personal, pero mi familia me apoyó plenamente. ¿Puedes aún dudar que te amo?

Leduc inspiró profundamente y luego dejó escapar el aire en un fuerte suspiro.

Sin poder resistirse, abarcó la fina cintura de la mujer, acercó su rostro ardoroso al de Mary, la acarició íntimamente y finalmente la besó con desesperación.

Ella susurró algo ininteligible. Se le doblaron las rodillas y cayó de espaldas sobre el lecho.

Leduc vio sus muslos desnudos, perfectos. Una oleada de deseo y voluptuosidad le hizo vibrar enteramente.

—Mary... —murmuró enfebrecido.

Ella le besó en el cuello y luego en la boca ardientemente. No se resistió cuando las manos del hombre fueron retirando suavemente las más íntimas prendas.

Es preciso afirmar que Julien Leduc se comportó como un amante tierno y experimentado. Sabiamente fue dosificando sus caricias y retrasando la eclosión final hasta que ésta se produjo avasalladoramente y ambos se fundieron en un delirio de voluptuoso placer.

Luego yacieron durante largo rato, absolutamente inmóviles sobre el lecho.

—Te amo, Julien, rendidamente —susurró ella, acariciando las atezadas facciones viriles.

—Te amo, Mary Cameron —respondió Leduc en el mismo tono de voz.

De repente, se irguió.

—¡Ahora lo comprendo! —exclamó—. ¿Acostumbras a soñar en voz alta?

Mary, que se había asustado un tanto ante el súbito brinco del hombre, se tranquilizó.

—¿Hablar en voz alta? La verdad es que no lo sé —sonrió—. Es posible. Pero ¿por qué lo preguntas?

—Cuando vine a despedirme, pude oír claramente tu voz. Entonces creí estúpidamente que otro hombre estaba contigo, gozando de tu intimidad. Ni siquiera pensé en la posibilidad de que estuvieras soñando en voz alta. ¡No tengo perdón! —se lamentó Julien.

—Calla. Tus celos eran prueba de tu amor —Mary le tapaba amorosamente los labios con los dedos.

Sin embargo, también ella se incorporó vivamente y miró a Leduc, desconcertada.

—Es curioso —murmuró, pensativa.

—¿Qué?

Mary se puso en pie y caminó, airosamente desnuda, hasta la pequeña mesita ante el espejo de su tocador.

Tomó una hoja de papel, volvió al lecho y se la entregó a Leduc, que le echó un vistazo.

Se trataba de un detallado plano de la zona de las Skeleton Mountains explorada la tarde anterior. Se incluían las dimensiones aproximadas del anfiteatro rocoso, los restos de grandes monstruos prehistóricos, la Catarata de Lava, la garganta norte de acceso y también el desfiladero sur.

—Curioso en verdad —asintió Leduc, ¿sombrado—. Es un mapa mucho más perfecto que el que yo dibujé anoche. ¿Quién lo hizo?

Ante la estupefacción del hombre, Mary respondió:

—Yo. Es mi letra, mis trazos, mis anotaciones.

—Pero... ¿para qué lo hiciste?

Miss Cameron hinchó su pecho de aire.

—No lo sé —confesó—. Cuando vine a descansar, me sentía tan fatigada que me dejé caer sobre el lecho y me dormí en seguida. Pero desperté dos horas más tarde, quizá debido a los rumores excitados que llegaban del pasillo. Me alcé del lecho y vi este plano. Es todo lo que puedo decirte, Julien.

Leduc manoseó, pensativo, la hoja de papel.

—Quizá, aunque no lo sepas, eres sonámbula —dijo al cabo.

Mary le miró intensamente.

—¿Y crees que una personas sería capaz de realizar un trabajo tan intelectualmente dificultoso en estado de sonambulismo? —preguntó.

Pero Julien no supo qué responderle.

CAPITULO VIII

Al amanecer comenzó la actividad a bordo de la *Makros-II.*

Leduc, que fue uno de los primeros en asomarse al exterior, comprobó que el suelo alrededor de la aeronave estaba absolutamente limpio.

No se veía un solo ser vivo en todo cuanto abarcaba la vista. El sol aún no había salido y la temperatura era de cuatro grados bajo cero.

Luego los hombres del equipo nombrados por el ingeniero Leduc abandonaron la aeronave y bajaron a tierra.

Julien, personalmente, advirtió que la escarcha cubría el fuselaje de la *Makros-II.* Ciertamente, era una fina película de hielo de apenas tres.milímetros de grosor, pero la cantidad de agua recuperable podía ascender a varios centenares de litros.

En virtud de ello, Julien dio instrucciones a los hombres que quedarían junto a la aeronave para que tendieran láminas de plástico sobre el fuselaje, aptas para recoger el agua a la mañana siguiente.

Dos vehículos *Cyclone-Gamma* descendían de la *Makros-II,* uno de ellos cargado con maquinaria pesada y equipo.

Minutos después, los *overcrafts* se ponían en marcha hacia las Skeleton Mountains.

Leduc, que conducía el primero de los vehículos con miss Cameron a su lado, se dirigió directamente hacia las estribaciones meridionales de la cordillera.

Pacientemente, recorrieron el pie de la montaña hasta que Mary exhaló un gritito y señaló con un gesto una disimulada grieta en un farallón rocoso.

Los vehículos se detuvieron. Una rápida exploración a pie, permitió comprobar que aquél era, en efecto, el desfiladero sur que habían recorrido en parte la tarde anterior.

La atormentada y quebrada geografía de aquellos lugares era tan abrupta y monocolor que Leduc se dijo:

—Podíamos haber pasado diez veces por aquí sin descubrir el desfiladero.

Y era cierto. Había que tener una vista tan aguda como la de Mary Cameron para descubrir aquel camino a cien metros de distancia.

Volvieron a los *overcrafts,* tras comprobar que el piso del desfiladero sur era regular—arena y grava fina— en toda su longitud.

Poco después, los dos *Cyclone-Gamma* se deslizaban despacio hacia el desfiladero.

Ai llegar al espectacular anfiteatro pétreo, los hombres que no habían participado en la exploración anterior estallaron en excitados comentarios de asombro.

—¡Fabuloso! —exclamó Charlie You-Ping, el arqueólogo del grupo—. ¡Un verdadero yacimiento de reliquias del pasado!

Pero Leduc no les permitió perder el tiempo. Siguiendo sus indicaciones, los hombres sacaron de los *overcrafts* los diferentes elementos de un peqüeño pero potente tractor, que Mordecai Wilson y Zanovith comenzaron a montar rápidamente.

Para las diez de la mañana, el tractor habia abierto un camino de cinco metros de anchura que permitió a los *Cyclone-Gamma* avanzar hasta la Cascada de Lava.

Jacobsen, You-Ping y Teo Ardopoulos formaron un equipo técnico que se dispuso a realizar algunas pruebas para conocer la localización exacta del filón.

Jacobsen hizo una observación que sorprendió a Leduc.

—Es muy extraño —comentó—. Las características geológicas de este lugar no coinciden con el aspecto que presentan las rocas de un yacimiento aurífero tradicional.

—Cierto —le apoyó Ardopoulos—. No se advierte el menor indicio de cuarzo.

—Pero los detectores señalan oro en abundancia —objetó Leduc, un tanto nervioso.

Jacobsen propuso que los *overcrafts* y todos los demás integrantes del equipo se retirasen al extremo opuesto del cementerio de monstruos prehistóricos.

—Vamos a barrenar la lava y a provocar una explosión que, mediante los geo-medidores nos permitirá conocer mejor la naturaleza de la roca y la riqueza del filón —explicó Peter Jacobsen.

Los *overcraftf* retrocedieron por el pasillo de acceso y ocuparon un refugio resguardado tras una pequeña montaña de restos óseos.

Practicado un profundo agujero en la lava y depositada la carga, todos retrocedieron hacia el refugio situado a prudente distancia.

Desde aquel lugar, Charlie You-Ping hizo estallar la carga a distancia. Se oyó la detonación, fragorosa, y vieron alzarse a las alturas enormes fragmentos de toba volcánica y polvo negruzco que ascendió hasta unos trescientos metros formando una espesa nube que las corrientes térmicas arrastraron raudamente.

Al cabo de unos minutos, todos subieron a los *overcrafts* se trasladaron a la Cascada de Lava.

Jacobsen, You-Ping y Ardopoulos fueron los primeros en descender de los vehículos y correr hacia la catarata petrificada.

Cientos de toneladas de rocas lávicas formaban un montón todavía humeante. Saltando de roca en roca, los tres técnicos se acercaron a la gtan oquedad producida por la explosión.

Los tres hombres permanecieron un momento inmóviles en lo alto de las rocas. Luego volvieron a los vehículos a toda prisa.

Jacobsen demostraba una intensa excitación cuando gritó a Leduc:

—¡Una montaña de oro! ¡Creo que hemos descubierto toda una montaña de oro!

Al escucharle, todos los expedicionarios bajaron a tierra y escalaron el montón de colosales pedruscos.

Ya arriba, Jacobsen señaló a lo profundo de la oquedad.

—¡Mirad!

Se advertía un brillo tenue, dorado, allá en el fondo.

Descendieron atropelladamente. Mary se apoyaba en Julien, temerosa de quebrarse una pierna en aquel maremágnum de peñascos ardientes, fragmentos menudos y polvo.

You-Ping y Ardopoulos palpaban, incrédulos aún, la lisa y pulida superficie dorada. Todo lo que permitía ver la roca desgajada era una placa metálica de poco más de un palmo cuadrado.

Pero era metal, en efecto. Metal dorado y todavía ardiente.

El detector que Leduc llevaba en las manos marcaba el máximo en su dial.

—¡Debe tratarse de un yacimiento riquísimo! —exclamó miss Cameron, fascinada.

Todos formaban un grupo apiñado en el fondo de la oquedad producida por la explosión.

Ardopoulos movía la cabeza, desconcertado. Y de pronto, afirmó:

—Esto no es filón propiamente dicho.

—¿Cómo? —saltaron varias personas al unísono.

—No es oro en estado nativo mineral, sino oro purísimo, trabajado, fundido —respondió muy seguro de que lo que afirmaba era cierto.

—Tiene razón —le apoyó Charlie You-Ping—. Esto no es una mina de oro.

—¿Qué es, pues? —quiso saber miss Cameron.

You-Ping se encogió de hombros

—Supongo que… se trata de algún objeto que quedó apresado bajo la lava —dijo el geólogo—. Aunque, naturalmente, desconozco su naturaleza.

Leduc expulsó sonoramente el aire contenido en sus pulmones. Durante unos segundos todos permanecieron indecisos, contemplando sin parpadear el brillante metal dorado.

—¿Qué piensas tú, Peter? —preguntó Leduc a Jacobsen.

El ingeniero se limpió el abundante sudor de su frente de un manotazo.

—Creo que You-Ping tiene razón —contestó—. Al príncipio, no pensé en ello. Supongo que ese pedazo de oro pulido me deslumbró. Pero tiene razón: el oro jamás aparece así en la Naturaleza.

Ardopoulos fue de la misma opinión.

—Ese objeto, sea lo que sea, fue «atrapado» bajó la corriente de

lava cuando se produjo la última erupción del volcán situado más arriba —dijo—. Lo que me fascina es que los aborígenes supieran trabajar el oro. Según lo que sabemos de los habitantes de Greenosfera, su nivel de evolución no era muy elevado. Todo lo que aprendí sobre ellos en la Universidad de Bantax, lleva a suponer que eran seres muy rudimentarios, de cultura paleolítica superior, aproximadamente.

Estas palabras atrajeron inmediatamente la atención de Mary Cameron, que era una enamorada de todo lo relacionado con el planeta en que había nacido, Greenosfera.

—Entonces... ¿ustedes creen que ese objeto de oro fue, digamos, manufacturado? —preguntó.

Ardopoulos, You-Ping y Jacobsen asintieron.

—Sí, eso es exactamente lo que pensamos.

Pero Julien Leduc estaba pensando en algo muy diferente.

—Nos interesa conocer las dimensiones de ese objeto —dijo. Y consultó a sus técnicos con la mirada—, ¿Creéis que podremos sacarlo de ahí sin deteriorarlo?

—Disponemos de perforadores muy potentes —asintió Jacobsen —. Podemos atacar la roca oblicuamente, con cuidado. ¿Quieres que lo intentemos?

—Adelante —respondió Leduc.

En realidad, todos se sentían ansiosos por descubrir completamente lo que la potente deflagración había hecho asomar entre los senos de la lava.

Trajeron, pues, un perforador que fue conectado a la toma de fuerza de uno de ios versátiles *Cyclone-Gamma.*

El forzudo Zachary Banacai tomó la herramienta y atacó la roca con la lanza de durísimo acero de la herramienta.

Pronto comenzaron a desprenderse grandes fragmentos de roca negruzca. A veces, Banacai se retiraba y el propio Jacobsen iba arrancando con martiílo y un buril las finas lascas de toba porosa más próximas a la superficie dorada.

Absortos en aquella tarea, no advirtieron que las horas pasaban, Staal se iba alzando sobre el horizonte y la temperatura ascendía brutalmente, de forma que todos sudaban copiosamente.

Las miradas, fascinadas, seguían clavadas en aquella lisa superficie dorada que iba agrandándose paulatinamente hasta casi dos metros de extensión.

Para entonces, el termómetro había subido a los cuarenta y dos grados. El aire, en el fondo del anfiteatro era tan ardiente que resecaba las fosas nasales y hacía muy dificultosa la respiración.

Eran las once de la mañana. Los esqueletos prehistóricos crepitaban al son candente y en el firmamento se alzaba una neblina verdosa que desdibujaba los perfiles de los altos picachos circundantes.

—Dejémoslo —decidió Leduc—. Es imposible seguir trabajando con este calor.

Su orden fue acogida con protestas, pero Julien se mostró inflexible.

—Volveremos al atardecer —advirtió—. Todos. De esa forma, el trabajo prosperará a mejor ritmo.

Por supuesto, comprendía el estado de ánimo de sus compañeros. El mismo se sentía anhelante, ansioso, por descubrir plenamente el misterio que ocultaba la Cascada de Lava, pero era consciente de que no debía permitir que sus hombres trabajasen hasta el agotamiento.

Los hombres que habían integrado el equipo aquella mañana fueron subiendo a los *Cyclone-Gamma* cambiando entre sí excitados comentarios.

—Parece un gran muro fundido en oro purísimo —decía Helmutt Kriger.

—¿Un muro? ¡Quizá todo un palacio en oro macizo! —exclamó Kurd Honner, extasiado ante su idea.

Los *overcrafts* cruzaron el centro de la hondonada y se deslizaron a lo largo del desfiladero sur.

Leduc, que conducía uno de los vehículos, advirtió que Mary

parecía inexpresiva, inmersa en sus pensamientos.

¿Qué te ocurre? —susurró Julien a su oído.

—No sé —respondió ella, con actitud vaga—. Nuestro descubrimiento es apasionante, pero esto no entraba en nuestros planes. Buscábamos un filón de oro, pero lo que empezamos a desvelar no es precisamente una mina aurífera, sino algo que escapa a nuestros proyectos. Supongo que tendré que informar al Gobierno de Bantax.

Julien le tomó impulsivamente una mano.

—¡Aguarda! —pidió—. Aún es pronto para tomar una actitud definitiva. Espera al menos que sepamos qué es exactamente lo que se oculta tras la Cascada de Lava.

—Está bien. Aguardaré dos jornadas. Después... Bien, tú sabes cuál es mi papel aquí. Mi deber es informar al Gobierno de todos los incidentes ocurridos en la prospección de esas cien toneladas de oro —respondió ella.

Los dos grandes vehículos sobre colchón de aire desembocaron en la llana extensión desértica y aceleraron su marcha.

En la lejanía, Julien Leduc advirtió que las redes que había ordenado tender sobre la *Makros-II* cumplían perfectamente su papel: incluso a tres kilómetros de distancia, las mallas de color amarillento camuflaban eficazmente la aeronave.

Un momento después, los *Cyclone-Gamma* se detenían bajo el fuselaje de la *Makros-II*. Los hombres que habían quedado allí con Nelson Gonçalves a la cabeza, se mostraron asombrados cuando los expedicionarios les dieron cuenta de su descubrimiento.

Se dispuso rápidamente el almuerzo en mesas plegables dispuestas sobre la arena. Todos se mostraban habladores e inquietos, deseosos de volver cuanto antes al cementerio de mastodontes.

Sin embargo, cuando llegó la canícula, el calor insoportable les rindió y todos se dejaron caer sobre las colchonetas para descabezar una siesta hasta que la temperatura refrescara.

Mary, que había comido junto a Leduc, extendió una colchoneta cerca de Julien, se tendió y se quedó dormida en seguida.

El hombre la veló amorosamente. Contemplaba, embelesado, los rojos y brillantes cabellos de la joven, las puras líneas de su perfil, la belleza y proporción de su cuerpo.

Un sentimiento de ternura le impulsaba a inclinarse sobre ella y a besar sus entreabiertos labios. Pero no lo hizo. De ninguna manera quería excitar los sentimientos de los hombres que tenía a su mando.

—Te amo —murmuró únicamente en un susurro.

Pero ella, profundamente dormida, no se movió.

Julien extendió su colchoneta sobre la arena, cruzó las manos sobre el pecho y se adormeció poco a poco, sin que por su imaginación pasase la posibilidad de que bajo sus cuerpos, los gigantescos hoeglows de Góllumbar descansasen bajo la arena húmeda.

CAPITULO IX

—Es imposible seguir así —dijo Jacobsen, que mostraba su velludo pecho desnudo y brillante de sudor—. Hemos destrozado el repuesto de los perforadores. El trabajo es demasiado duro. Y esa pared de oro no parece terminar nunca.

Tenía razón.

Al atardecer, treinta hombres habían reemprendido los trabajos en la oquedad bajo la Cascada de Lava empuñando todas las herramientas disponibles. A lo largo de cuatro horas, se habían descubierto catorce metros de pulida pared metálica. Una pared que debía ser considerablemente gruesa: Leduc la había golpeado con el mango de una herramienta y el apagado sonido metálico que escuchó le dio una idea aproximada de la solidez y grosor de aquel muro de oro.

—¡Es increíble! —murmuró Teo Ardopoulos entre dientes—. Increíble.

Todos se sentían exhaustos, grasientos, al borde de sus fuerzas. Pero la fiebre que les animaba a todos lograba mantenerlos en pie aún.

—Hemos arrancado cuarenta o cincuenta toneladas de lava,

prácticamente a mano. El grosor de la roca es de unos tres metros aquí. Con las herramientas jamás lograríamos desvelar el misterio ni en cien años —insistía Peter Jacobsen—. ¡Es absurdo! Nos proponíamos obtener oro, mediante la maquinaria precisa, de un filón y… nos encontramos con una enorme cantidad de oro macizo, que sólo podría extraerse de ahí fundiéndolo o atacándolo con brocas o explosivos…

Mary Cameron aferró a Jacobsen por un brazo.

—No permitiré que nadie produzca un arañazo a esa reliquia —advirtió la joven con palabra ardiente, segura de sí misma—. Usted lo ha dicho, Jabobsen: esto no es un filón.

—¿Qué es, entonces? —exclamó Peter, contrariado y ofendido por la actitud de la representante del Gobierno de Bantax.

Mary se mordió los carnosos labios.

—No lo sé. Puede ser una nave alienígena. O un monumento. La verdad es que no tengo una opinión clara sobre esto. Pero intuyo que se trata de un hallazgo precioso, de un valor que sobrepasa lo estrictamente económico. Mi opinión al respecto es estricta: se seguirá trabajando en descubrir esa pared enteramente, pero no se arrancará una sola partícula de metal.

Jacobsen se volvió hacia Leduc.

—¿Qué opinas tú, Julien? Yo puedo comprender las razones de miss Cameron, pero hay algo muy concreto que debemos tener en cuenta: *Inter-Cosmos* llevó a cabo las tareas de prospección de este yacimiento aurífero y el Gobierno de Bantax autorizó a la organización cósmica a obtener cien toneladas de metal. El oro está ahí. ¿Qué hacemos?

Leduc reflexionó un instante.

—Creo que lo más acertado sería continuar descubriendo ese muro —respondió—. Podríamos utilizar explosivos. ¿Qué opinas tú?

—Puede hacerse, mediante explosiones controladas. Ya te he dicho que con las herramientas sería muy laborioso avanzar unos pocos centímetros de ahora en adelante.

Miss Cameron intervino, inquieta.

—¿No sufrirá desperfectos ese muro? —inquirió.

—Puede estar tranquila —afirmó Peter, cansado—. Su preciosa pared no sufrirá un solo arañazo. La protegeremos.

Y así se hizo.

Jacobsen, You Ping y Ardopoulos estudiaron el grosor de la toba volcánica y marcaron los puntos donde se practicarían los barrenos.

Cuando todo estuvo dispuesto, hombres, material y máquinas retrocedieron a distancia prudencial.

Se produjeron doce explosiones escalonadas. Cuando pasó el peligro, los *overcrafts* —en esta ocasión, los tres vehículos disponibles— avanzaron hacia la Cascada de Lava y los nombres saltaron sobre los pedruscos que habían taponado parcialmente el camino abierto por el tractor.

También Mary Cameron, excitada, escalaba los bloques de piedra arrancado de la ladera del volcán.

Pero Kurd Honner, Gonçalves y otros tres jóvenes fueron los que ganaron la carrera. Mudos de asombro, contemplaron el largo muro dorado de Veinte metros de longitud por unos seis de altura que acababa de descubrir la serie de explosiones controladas.

También Leduc, miss Cameron, Jacobsen, You-Ping, Ardopoulos coronaron el montón de escombros pétreos y se detuvieron sin aliento ante la espléndida pared de oro.

Acababan de descubrir algo sorprendente: el muro hacía un entrante y en el nuevo tramo se veían exquisitos adornos cincelados sobre el metal.

Grecas formadas por grandes siluetas de mamíferos, pájaros, reptiles y otros animales festoneaban un maravilloso friso a lo largo de aquella parte del muro, que terminaba a unos siete metros de altura. Allí, en el mismo borde del alto muro dorado, unos finísimos alto-relieves remataban la pared.

Durante unos minutos, nadie hizo la menor exclamación. Silenciosos, expectantes, contemplaban aquella maravilla sin capacidad para expresar el asombro que les producía el nuevo descubrimiento.

Luego, paso a paso, Mary descendió hasta el muro y palpó con cuidado la brillante y lisa superficie decorada con finos dibujos geométricos al modo de los jeroglíficos egipcios.

Dominada por la emoción, fue recorriendo con las yemas de sus dedos aquellas incisiones hechas en el noble metal.

—Maravilloso, maravilloso… —murmuraba, fascinada.

Leduc bajó y se unió a ella.

—¿Qué crees que es esto? —preguntó el hombre, estupefacto.

Mary tardó en responder.

—¡Quién sabe…! He visto estos caracteres en un antiguo enterramiento waina —susurró, admirada—. Puede ser un palacio, pero ¿quién podría asegurarlo? Por fortuna, tenemos a Kai Ammorak. Es un aventajado estudiante de Arqueología de la Universidad de Bantax. Kai es de raza waina.

Estoy seguro de que él podrá ayudarnos mucho. Hazle venir aquí, por favor.

Leduc encargó a Gonçalves que hiciera venir inmediatamente a Ammorak.

Se trataba de un muchacho moreno, alto y delgado, muy tímido y callado, que parecía esforzarse siempre en mantenerse en un segundo plano.

Kai Ammorak descendió con precaución del montón de peñascos arrancados por las explosiones y se reunió con Leduc, miss Cameron y los restantes técnicos del equipo.

—Acércate, Kai. Mira esto. Me gustaría conocer tu opinión —dijo Mary dulcemente.

Ammorak contempló el alto muro con asombro.

Luego hizo lo mismo que miss Cameron: acarició la superficie metálica con suavidad y, desconcertado, contempló con creciente interés las inscripciones jeroglíficas.

—¿Lo entiendes, puedes traducirlo? — preguntó Cameron.

Kai Ammorak no respondió.

Fascinado, recorría con sus ojos los exóticos relieves y lass finas siluetas cinceladas en el metal precioso.

En su rostro sensitivo se plasmaba una actitud extática, reverente.

Leduc y sus hombres comenzaron a impacientarse.

—Está bien, Kai —estalló Julien—. ¿Qué puedes decirnos?

Ammorak se volvió lentamente. Ahora parecía asustado.

—Ahí lo pone —dijo—. Es Kri-Gangla, la necrópolis sagrada de los antiguos sacerdotes wainas.

Un coro de exclamaciones ahogadas acogió la declaración de Ammorak, que parecía profundamente conturbado.

—¿Una necrópolis? —exclamó Leduc—. ¿Quieres decir... un cementerio?

Ammorak asintió pausadamente.

—Sí, éxactamente. Nadie conocía la ubicación exacta de Kri-Gangla, pero las viejas estelas funerarias de la cultura waina hablaban del palacio de oro situado en remotas montañas donde los sacerdotes wainas se refugiaron, antes de que la tercera glaciación de Greenosfera acabase con casi toda la vida animal superior en este planeta.

Leduc se aproximó al muchacho.

—Pero tú has dicho, antes, que se trataba de una necrópolis, no de un palacio —adujo el ingeniero.

Kai se volvió un momento hacia el muro dorado. Se diría que volvía a leer el significado de los inextricables jeroglíficos, para estar seguro de no equivocarse en la interpretación.

—Ahí lo pone —repitió con voz queda—. Kri-Gangla significa literalmente «Ciudad de los Muertos», como antiguamente nuestra capital se llamaba Kri-Bantax, que puede traducirse por «Ciudad de los que Viven».

—Por favor, ¡sigue! —suplicó Mary, subyugada.

Ammorak alzó sus manos de largos dedos y recorrió los relieves

y cincelados con las yemas. Se diría que era un ciego ayudándose a leer con sus dedos en una impresión Braille.

—Eran sabios y podían predecir su propio final. Los sacerdotes wainas tenían por máxima deidad al justiciero Wurl, dios supremo de las profundidades. Acataban fanáticamente los designios de Wurl, de forma que cuando supieron que el clima iba a cambiar y a borrar la vida sobre el planeta, se escondieron aquí, dispuestos a vivir sus últimos días en Kri-Gangla. Centenares de miles de devotos escarbaron la tierra para arrebatarle sus tesoros (el oro) y trajeron a este lugar grandes cantidades de metal precioso para erigir un grandioso templo…

Kai Ammorak traducía con voz monótona, pero clara y vibrante.

—Aquí dice que cuando las tierras de Góllumbar comenzaron a cubrirse de hielo, gran cantidad de animales corpulentos llegaron a través del desfiladero sur y se cobijaron en la hondonada, buscando instintivamente huir a la muerte…

Kai calló. Todos le contemplaban, mudos de asombro.

—¿Dice algo más? —le animó Mary Cameron.

—Sí. Una leyenda advierte que en este lugar yacen trescientos sacerdotes de Wurl. Es, por tanto, un lugar sagrado, inviolable. La estela que estoy leyendo advierte lo siguiente: «LAS IRAS DE DIOS (Wurl, desde luego) SE DESATARAN SOBRE AQUELLOS QUE PROFANAREN ESTA NECROPOLIS LLAMADA KRI-GANGLA. LA ABOMINACION, LA DESOLACION…»

—¡Paparruchas! —clamó Jacobsen, impaciente-. Por supuesto, siempre ponen advertencias de ese tipo donde existen tesoros importantes. No es más que un truco para amedrentar y alejar a los más crédulos e indecisos.

Kai Ammorak había palidecido.

Sin añadir una palabra más, se apartó del muro y fue a reunirse con sus compañeros.

Fue inútil que miss Cameron le interrogase: Ammorak no quería decir nada más.

Mary se reunió en seguida con Julien Leduc.

—Lo siento, pero como representante del Gobierno de Bantax mi decisión no puede ser otra que paralizar estos trabajos hasta recibir instrucciones de Bantax.

—Pero...

—Sea lo que fuere, este monumento pertenece a Greenosfera y sus gentes, imagino que el presidente se hará cargo del asunto. Es todo cuanto puedo decir, por ahora —pronunció con severidad.

Leduc se encogió de hombros tristemente.

—Está bien. En ese caso, nada nos queda por hacer aquí. Volvamos a la *Makros-II* —indicó a su equipo.

Los hombres recogieron raudamente las herramientas y útiles y se retiraron hacia los *overcrafts.*

Leduc dirigió una última mirada al impresionante muro dorado y luego escaló el montón de peñascos desgajados y se reunió con los demás.

Nadie habló una palabra durante el viaje de regreso.

Cuando los tres *Cyclone-Gamma* cruzaron el desierto a mediana velocidad, estaba anocheciendo. En la lejanía se oyeron unos aullidos que resonaban quejumbrosamente en la vasta soledad.

—¡Una. manada de krawus! —exclamó Mary, sobrecogida.

En efecto, un grupo formado por una cincuentena de los corpulentos cánidos de Góllumbar apareció en la llanura arenosa. Pero las fieras se dispersaron raudamente en cuanto el primero de los *Cyclone-Gamma* se arrojó, rugiendo, sobre ellas.

Unos minutos más tarde, los vehículos se detenían bajo la red de camuflaje que protegía la *Makros-II.*

Como los accesos a la aeronave habían sido herméticamente cerrados, fue preciso utilizar la apertura alectrónica para abrir los portones del hangar y permitir que los hombres del equipo subieran a la aeronave, tras de los vehículos.

Ya arriba, Leduc fue directamente a su cabina.

Se sentía fatigado y, lo que era peor, decepcionado.

Por supuesto que estaba dispuesto a respetar la decisión que el presidente Bwanar Galfi tomase respecto a Kri-Gangla, pero intuía que la resolución final supondría el fracaso de su misión.

-No nos permitirán arrancar de ahí un gramo de oro, aunque deben existir toneladas —gruñía para sí, mientras caminaba pasillo adelante—. Y en cierto modo, debo reconocer que tal actitud es la lógica en un Gobierno que respeta las culturas ancestrales e incluso todo tipo de creencias y religiones arcaicas. Es posible que Kri-Gangla se convierta en una especie de santuario, ¡quién sabe! Pero se verán obligados a invertir cientos de millomes en sistemas de seguridad.

Empujó la puerta de su cabina y entró.

Todavía no había encendido la luz, cuando oyó un gruñido que le heló la sangre en las venas.

Inmediatamente después, alguien muy corpulento, musculoso y peludo le aferró por detrás y rodeó su cuello salvajemente.

La luz se encendió de pronto.

Antes de que sus sentidos le abandonasen, Julien tuvo tiempo de ver el salvaje rostro peludo del antropoide que se disponía a estrangularle.

CAPITULO X

—Permítame presentarme, señor Leduc: soy Igor Brozinski.

Julien se movió lentamente en el suelo.

El cuello le dolía terriblemente. ¿Lo tendría roto? Lo giró un poco y apenas pudo contener un alarido de dolor. Pero, no, el cuello no estaba fracturado, sólo lastimado y magullado.

No podía ver otra cosa que las relucientes botas negras del hombre que acababa de hablar.

—Ayúdale, Kraina —ordenó Brozinski.

Unos peludos y larguísimos brazos le tomaron por la cintura y le elevaron en el aire con increíble facilidad.

Petrificado, Leduc volvió a contemplar aquel rostro brutal

cubierto de cerdas hirsutas y oscuras. Tenía todo el aspecto de un descomunal gorila de más de doscientos kilos, pero en sus ojos había un destello de inteligencia.

Kraina dejó tan bruscamente a Leduc sobre una silla que ésta crugió a punto de romperse y un ramalazo de dolor que recorrió su espina dorsal dejó al ingeniero despatarrado sobre el asiento.

Jadeante, alzó la mirada y escrutó el rostro del hombre que tenía delante. Era de estatura inferior a Leduc, delgado, muy moreno, con el cabello negro y brillante aplastado sobre el cráneo. Su rostro era delgado y anguloso, sus labios finos y crueles y sus ojos negros poseían una extraña profundidad hipnótica. Vestía una especie de guerrera de fina tela negra con botones dorados, pantalones de montar y botas altas y relucientes.

—¿Igor... Brozinski? —murmuró el ingeniero, incrédulo.

Brozinski sonrió amable pero fríamente.

—En efecto, señor Leduc. Soy Igor Brozinski. Me acompaña Kraina, mi ayudante.

Leduc señaló al antropoide con un ademán inseguro.

—¿Ese... gorila? —murmuró.

—Cuidado, señor Leduc —advirtió Brozinski. Y Kraina avanzó amenazadoramente haciendo rechinar sus largos colmillos—. Kraina posee una apariencia salvaje, ciertamente, pero su cerebro está sumamente desarrollado y despierto. No permite que nadie le menosprecie. ¡Quieto, Kraina!

El antropoide se retiró dos pasos, sin dejar de gruñir amenazadoramente. Su pelaje, color marrón oscuro, era tan largo y denso que ocultaba totalmente los pequeños genitales masculinos.

—No debe ofender a Kraina, señor Leduc. Su cerebro tiene un índice de inteligencia tan alto como el suyo. En realidad es un cerebro humano —declaró Brozinski.

Leduc se estremeció.

—¿Qué quiere decir? —inquirió, asustado.

—Lo que acaba de oír. Hace unos pocos años, Kraina no era sino

un cuadrúmano de las selvas de Thenaab, pero después uno de mis cirujanos cambió su pequeño cerebro de animal por el de un hombre muy inteligente, Sheswa Retpuni. Pero es perfectamente inútil hablarle de Retpuni: estoy seguro de que usted no le conoció, ¿me equivoco?

Julien no respondió. Se sentía tan turbado que apenas podía poner en orden sus ideas. ¡Un gorila con cerebro racional...! ¿Se burlaba de él aquel individuo llamado Brozinski?

—Se estará preguntando qué es lo que hago aquí, señor Leduc —sonrió Brozinski, maligno—. Pues bien: he venido a compartir con usted el oro que han encontrado en Skeleton Mountains.

—¿El oro? ¡Está loco, sin duda! —exclamó Leduc.

—¿Loco? Se convencerá en pocas horas de que mis facultades mentales están en perfecto y lúcido equilibrio —afirmó Brozinski, sin dar muestras de sentirse ofendido.

Leduc se aterró. ¿No era una locura injertar un cerebro humano en el cráneo de un antropoide?

—No puedo adivinar cómo consiguieron introducirse aquí usted y... y Kraina —dijo.

Brozinski dejó escapar una estentóres carcajada.

—¿Yo y Kraina? Están también Gruu, Wangor, Heetah, Kronyor y Shanzai —declaró el intruso.

—¿Seres como... Kraina? —susurró Leduc, espantado.

—Exacto. Auxiliares poderosos, terribles, pero absolutamente leales. Sólo me obedecen a mi —afirmó Igor Brozinski.

—Aún no me ha dicho cómo consiguieron penetrar en esta aeronave —advirtió Julien—. Imagino que aprovecharon nuestra ausencia para llegar hasta el interior de la *Makros-ll.* Pero no logro explicarme cómo lo consiguieron. De hecho, la aeronave es inexpugnable. Su fuselaje blindado fue concebido para resistir impactos de proyectiles muy potentes...

—Amigo mío, no hay nada imposible para Igor Brozinski —se burló el intruso, sonriendo enigmáticamente—. Pero lo sabrá todo a su tiempo.

Leduc trató de ponerse en pie pero inmediatamente Kraina avanzó amenazador adelantando sus musculosos brazos, por lo que finalmente el ingeniero optó por permanecer sentado.

—No conseguirá nada, Brozinski —afirmó, rabioso—. Cierto que ha conseguido llegar hasta aquí, ignoro cómo, pues la operación se llevó a acabo en el mayor secreto. Pero no estoy solo. Sus gorilas no podrán reducir a treinta hombres jóvenes, fuertes y leales.

Kraina saltó sobre Leduc y le despidió de un golpe que arrojó al ingeniero de *Inter-Cosmos* al otro lado de la espaciosa cabina.

Allí, dolorido y atontado, escuchó la nueva advertencia de Brozinski.

—Se lo advertí, Leduc. Kraina tiene consciencia de su superioridad sobre los simples antropoides y se ha ofendido cuando usted le ha llamado «gorila». Téngalo en cuenta y procure no ofenderle. Kraina no suele perdonar a los que le ofenden. Le hubiera despedazado si yo no estuviera presente.

Julien consultó su reloj: eran las once de la noche, lo que significaba que llevaba casi dos horas a merced de Kraina y el ambicioso Igor Brozinski.

Comprendiendo que de nada le valdría en aquellos momentos mostrarse despectivo, optó por conducirse con cautela.

—Está bien. ¿Qué es lo que debo hacer? —inquirió, masajeándose el cuello con cuidado.

—Esa actitud es más razonable. Puedo asegurarle que mis auxiliares evitarán dañarles si ustedes son sensatos —aseguró Brozinski—. Imagino que a estas alturas todos sus hombres habrán sido reducidos por los compañeros de Kraina. Por lo demás, no debe hacerse muchas ilusiones respecto a un golpe por sorpresa, Leduc. Hemos puesto todas las armas a buen recaudo. Sólo nosotros podremos utilizarlas. Póngase en pie. Vamos a trasladarnos a la cabina de navegación.

Julien se incorporó con esfuerzo. Inmediatamente después aquel corpulento antropoide llamado Kraina se situó a su lado, vigilándole con expresión maligna.

Súbitamente, Leduc recordó a Mary Cameron.

Y su rostro traslució toda la angustia desatada en su corazón.

—Escuche, Brozinski: hay una mujer a bordo. Se trata de miss Mary Cameron. Si le tocan uno solo de sus cabellos, yo...

Igor sonrió enigmáticamente.

—Serénese, Leduc. Y recuerde que no está en situación de pronunciar amenazas: Kraina puede partirle en dos con sus propios brazos. Sin embargo, puedo asegurarle que la señorita Cameron no corre el menor peligro —declaró.

Abandonaron la cabina. En el pasillo, Leduc se dio de manos a bocas con la grotesca presencia de uno de los antropoides que montaba guardia con un fusil láser en la mano.

—¿Qué tal, Shanzai? ¿Todo va bien? —preguntó Brozinski, dirigiéndose al animal como si se tratase de un ser humano.

Shanzai movió la cabeza en señal de asentimiento y pronunció unos sonidos guturales ininteligibles.

—Estoy enseñándoles a hablar —comentó Brozinski, con una sonrisa comprensiva—. Les resulta muy difícil, pues no disponen de cuerdas vocales tan sensibles como nosotros. No obstante, estoy seguro de que mis auxiliares llegarán a expresarse tan claramente como usted y yo.

Quizá esperaba una manifestación admirativa por parte del ingeniero, pero lo que dijo Leduc no suponía una alabanza.

—¿Y cree que estos seres le estarán agradecidos, Brozinski? ¿No se rebelarán algún día contra la persona que quiso dotar de sensibilidad humana a unos simples seres irracionales? Póngase en su caso —sugirió Julien—. ¿Cómo se sentiría siendo inteligente y poseyendo un cuerpo peludo como el de ellos?

Igor se detuvo. Era evidente que las palabras del ingeniero le enfurecían.

—No trate de volverlos contra mi, Leduc —advirtió fríamente—. No vuelva a decir algo semejante o no dispondrá siquiera de tiempo suficiente para arrepentirse. Se lo juro.

Junto al ascensor que llevaba a la bodega había otro antropoide armado. Y otro al final del estrecho pasillo que llevaba a los

propulsores.

La escotilla de la cabina de navegación estaba abierta.

Dentro, apiñados y maniatados a la espalda. Jacobsen. Gonçalves, You-Ping, Jaraiowski, Kriger... Todos los expedicionarios estaban allí, vigilados por Kronyor y Heetah. ios humanoides de Brozinski, los cuales empuñaban fusiles láser y mantenían a los prisioneros a distancia prudencial bajo la amenaza de las armas.

Viendo a los suyos, Leduc se sintió profundamente abatido. Brozinski tenía razón: sus auxiliares eran muy eficaces.

—¿Qué es lo que ha ocurrido, Julien? —exclamó Jacobsen, tratando de incorporarse. Pero uno de los vigilantes le derribó de un culatazo en plena frente.

---Serenidad, señores —advirtió Brozinski, sonriendo amablemente—. Lamento que Heetah se haya dejado llevar por la violencia, pero les aseguro que no se castigará a nadie si obedecen al pie de la letra mis instrucciones y las de mis auxiliares...

Teo Ardopoulos se agitó violentamente en el suelo.

—¡Auxiliares! ¿Llama auxiliares a estos monstruos capaces de entender sus instrucciones y manejar una arma peligrosa? —chilló.

Kronyor gruñó ferozmente, avanzó unos pasos y machacó a culatazos al pobre Ardopoulos, que chilló de rabia y dolor hasta que sus cabellos se empaparon de sangre y cayó lentamente sobre Kurd Honner, que le miró espantado.

—¡Señor Leduc, Ardopoulos está muerto! Ese bicho salvaje le ha destrozado el cráneo a golpes —clamó el muchacho.

Kurd no tuvo oportunidad para seguir gritando.

Kronyor, rugiendo sordamente, retrocedió unos pasos y alzó el fusil láser. Surgió el fogonazo del rayo, que perforó de forma impresionante el rostro del muchacho.

Kurd cayó hacia adelante sin murmurar un solo lamento. Estaba muerto.

Inmediatamente, se produjo un movimiento desesperado entre los prisioneros.

—¡Nooo! —gritó Leduc—, Os lo ruego: sed prudentes. Brozinski nos tiene en sus manos. Sus auxiliares, como él los llama, no son unos vulgares animales, sino cuadrúmanos a los que se les han trasplantado cerebros humanos, ¿comprendéis? Si os rebeláis ahora, sólo conseguiréis que los auxiliares de Brozinski os eliminen en una matanza horrible e inútil.

Sus hombres le miraron desesperadamente, pero el movimiento de Rebeldía cedió.

Destrozado íntimamente, Julien se apoyó de espaldas contra el panel.

—¡Magnífico, Leduc! —aprobó Brozinski con una sonrisa irónica bailando en sus delgados labios—. No esperaba que comprendiera tan rápidamente la situación.

Julien se separó bruscamente de la pared.

—¿Dónde está miss Cameron? —preguntó a su interlocutor, dominado por la sospecha.

—Tranquilícese. Está en su cabina. No juzgué que miss Cameron supusiera un peligro para mis planes. Se trata de una dama, ¿no? Y yo soy un hombre muy gentil con las mujeres, amigo mío.

—No sé hasta qué punto puedo fiarme de usted, Brozinski. ¿Es eso cierto? —trató de asegurarse Leduc.

—Es muy probable —bramó, rabioso, Nelson Gonçalves, el ayudante de Leduc—. Ella debe ser cómplice de este loco.

—¿Qué has dicho, Nelson? —gritó Leduc, violento.

Gonçalves sonrió sin ganas.

—Vamos, jefe, no sea ingenuo —ironizó—. ¿Quién cree que dejó una escotilla abierta para que Brozinski y sus... «auxiliares» pudieran penetrar en la aeronave y aguardarnos aquí, emboscados, hasta que llegó el momento de sorprendernos cuando nos disponíamos a descansar?

Leduc calló lo que iba a decir.

—¿No lo recuerda, jefe? —insistió Gonçalves—. Fue miss Cameron la que cerró la única escotilla que manteníamos abierta. Dijo

que tenía que subir a su cabina a cambiarse de ropa. Ahora comprendo que sólo fue una excusa para permitir que Brozinski se apoderara de nosotros impunemente —exclamó Nelson, con amargura.

El rostro de Leduc se nubló.

—¡No es posible…! —murmuró—. No puedo creer que ella…

Se volvió al escuchar los pasos de alguien que penetraba en la cabina en ese momento.

—¡Mary! —exclamó Julien, conmovido—. Estoy seguro de que tú eres inocente. Díselo a mis hombres.

Pero miss Cameron movió negativamente la cabeza.

—No puedo decir tal cosa. Nelson Gonçalves tiene razón —declaró.

CAPITULO XI

Amanecía.

Durante toda la noche, los expedicionarios habían permanecido en la cabina de navegación, sin que el sueño acudiera a ellos a pesar del cansancio de la jornada anterior. Pero ¿cómo era posible dormir cuando dos de sus compañeros yacían asesinados junto a ellos?

Brozinski y Mary habían abandonado la cabina de navegación. Y Julien Leduc se había visto obligado a dejarse maniatar por el feroz Kraina.

Cuando la luz rojiza del amanecer penetró a través de los cristales de la cabina de navegación, Julien Leduc había perdido toda esperanza.

No se trataba ya de los asesinados de dos de sus mejores amigos, ni siquiera del hecho de permanecer sojuzgados por aquellos irascibles monstruos, mitad hombres, mitad fieras.

Era la convicción de que Mary Cameron le había traicionado: eso era lo que más le hacía sufrir.

La seguridad de que ella le habia mentido, le había engañado como a un niño, le sumía en una desesperación profunda.

Sin embargo, inconscientemente trataba de hallar una explicación a la traición. ¿Estaría Mary enamorada de Igor Brozinski antes de que él la conociera?

Si no estaba enamorada, ¿cómo una joven tan bella y prestigiosa caía en las redes de un criminal?

La noche había sido muy larga. Leduc dispuso de muchas horas para pensar.

Parecía fuera de dudas que miss Cameron se había comunicado con Brozinski después del descubrimiento de Kri- Gangla.

No obstante, Leduc no podía explicarse el medio que ella había utilizado para enviar su informe a Brozinski. La central de telecomunicaciones a bordo de la *Makros-ll* estaba encerrada en un blindaje a prueba de intrusos. Poseia una combinación electrónica que sólo conocían Leduc y el piloto, Zerd Jaralowski. Pero, además, Mary no había tenido la menor oportunidad de acercarse a la central.

—¿Cómo conseguiría comunicarse con Brozinski? —se preguntaba Julien, obsesionado.

Empezaba a amanecer cuando se le ocurrió aquella idea. Pero en aquel momento, Brozinski penetró en la cabina y anunció:

—Señores, mis auxiliares van a librarles de sus ligaduras, uno por uno. Les ruego prudencia: no tienen la menor posibilidad de alzarse contra mí. En cualquier caso, mis auxiliares tienen instrucciones concretas: tirar a matar a la menor sospecha de insurrección:

—¿Qué se propone? —demandó Leduc.

—Se lo confieso: estoy ansioso por conocer esa necrópolis dorada conocida con el nombre de Kri-Gangla. La historia que lodró descifrar Kai Ammorak que apasiona —respondió Brozinski sin perder la sonrisa.

Dos de los humanoides pusieron en pie a Leduc y le quitaron las ligaduras. Luego fueron trasladando a los expedicionarios al exterior en grupos de cinco individuos.

Hicieron descender los *Cyclone-Gamma* y cuando todos se hubieron acomodado en los vehículos, emprendieron la marcha hacia Kri-Gangla.

Brozinski quedó fascinado cuando estuvo ante aquel muro de oro de veinte metros de longitud por siete de altura.

—¡Maravilloso! —exclamó—. Algo digno de utilizar como residencia por un hombre tan ambicioso como yo. ¡Lástima que necesite este oro para otras empresas!

—¿Otras empresas? —preguntó Leduc, escrutándole con ansiedad.

—Amigo mío, esto es una verdadera montaña de oro. Y con el oro se puede comprar todo: incluidos gobernantes y príncipes —respondió fanáticamente Brozinski.

—¿Es que piensa atentar contra el legal Gobierno de Greenosfera? —quiso saber Julien.

—¿Por qué no? —respondió su interlocutor—. Ese sería un primer paso hacia empresas más ambiciosas aún. Usted no me conoce bien, Leduc. ¿Cree que convocaba esos absurdos *shows* de parapsicología y ocultismo sólo por alejar el ocio? En esas reuniones conocí a personas importantes. Como Mary Cameron, sin ir más lejos. Personas que están supeditadas a mis poderes, ¿entiende?, y que me servirán tan lealmente como miss Cameron.

Leduc dejó escapar una contenida exclamación.

—¿Cómo? ¿Quiere decir que tiene sugestionada a Mary, que la forzó a traicionarnos a nosotros y a su país? —inquirió.

—¡Ah, Leduc, Leduc! —se burló Brozinski—. A pesar de su fama, es usted un ingenuo. Por supuesto que dominé a Mary desde el primer momento. Me apoderé de su voluntad cuando comenzó a acudir a aquellas reuniones de sociedad en Bantax. Después la desafié a participar en una prueba de telepatía. Sólo me interesaba comprobar su capacidad como telépata. Más tarde le sugerí que debía presentarse voluntaria como interventora de la prospección que usted llevaría a cabo en estos lugares y ella aceptó la idea como propia. ¿Va entendiendo, amigo mío?

—Naturalmente que lo entiendo. Supongo que envió usted a uno de sus «auxiliares» a mi villa de Mauveplace en Bantax. Y usted también fué el que infestó de pececillos carniceros el estanque —sugirió.

—¿Los jirris? ¡Ah, sí, pero sólo fue como una medida de

precaución! En realidad, mis instrucciones eran que mi auxiliar se apoderara de los planos que usted guardaba en su carta. Kronyor (ya ha visto que es excesivamente impaciente) no sabia abrir una caja de seguridad. Cuando huía, usted trató de retenerle y Kronyor reaccionó ferozmente y le arrojó a usted al estanque, aunque le repito que yo no quería deshacerme de usted. ¿Cómo hubiera conseguido que encontraran esta maravilla, sin su preciosa ayuda?

—Así que ella no es culpable… —murmuró Leduc, pensativo.

—¿Culpable? ¡Nadie es culpable, excepto los imbéciles y los que se conforman con un poco pudiendo apoderarse de todo! —se burló Brozinski.

—Bien. ¿Qué se propone? Estoy dispuesto a cualquier cosa a cambio de que me garantice la seguridad de mi equipo, incluida Mary Cameron —confesó Leduc.

Brozinski apartó sus ojos del brillante muro dorado y le miró fijamente.

—Celebro íntimamente esa buena disposición de ánimo, amigo Leduc. De esa forma, no me veré obligado a presionarle.

—¿Cómo pensaba obligarme a secundar sus planes?

Brozinski señaló con un elegante ademán a miss Cameron. que permanecía a cierta distancia en compañía de ka. Ammorak.

—¿No ha observado a mis auxiliares? —susurró con ironía—. Devoran con los ojos a esa bellísima joven. Compréndalo, Leduc. Mis auxiliares tienen cuerpo de gorila, pero su cerebro es humanó. Desean fervientemente a Mary y no dudarían en masacrarles a todos ustedes con tal de poseerla. ¿Imagina cómo quedaría Mary después de que mis seis auxiliares hubieran satisfecho sus más bajos instintos en esa hermosísima mujer?

Leduc palideció.

—¿Y usted sería capaz de permitir tal monstruosidad, Brozinski? —preguntó, aterrado.

Igor sonrió.

—¿Por qué no? Jamás me detengo ante nada cuando intento obtener algo —de repente, cambió de actitud—. Por fortuna, Leduc,

nada de eso será necesario, puesto que usted parece convencido de la necesidad de colaborar conmigo.

Julien se mordió los labios hasta hacerse sangre. Ciegamente se hubiera lanzado sobre aquel loco criminal y le hubiera ahogado con sus manos, aun teniendo la seguridad de que ello le costaría la vida. Disimuló, sin embargo.

Era preciso, vital, enmascarar sus verdaderos sentimientos.

—Bien. ¿Qué hacemos? —preguntó a Brozinski.

—Tengo entendido que ustedes disponen de un cortador láser capaz de atravesar gruesas planchas de metal. Pues bien: lo utilizaremos para arrancar el oro de ese muro. Pero no tenga la tentación de sugerir a sus hombres que dirijan el rayo láser sobre mí o alguno de mis auxiliares. Les estaremos vigilando constantemente. Y ya sabe lo que le ocurriría a miss Cameron a la menor señal de rebeldía...

* * *

El cortador láser había arrancado ya medio centenar de toneladas de oro del muro de Kri-Gangla.

La pared dorada tenía un grosor de diez centímetros y el rayo láser iba cortando lingotes de unos veinticinco kilos, que eran cargados en los *overcrafts.* En cuanto los vehículos recibían su carga máxima, los *Cyclone-Gamma* eran conducidos hasta la *Makros-II,* cuyas bodegas recibían los preciados envíos.

—¿Cómo? —había preguntado—. Leduc—, ¿Piensa utilizar nuestra aeronave para transportar ese oro? ¿Dónde está la nave en la que llegaron a Góllumbar?

—Querido Leduc: yo no era lo que se dice un potentado cuando llegué al desierto. Mis auxiliares robaron un turbo-planeador en las pistas deportivas de Huro Yanka, cerca de Bantax. Ese aparato nos permitió llegar hasta aquí, pero no sirve para cargar quinientas toneladas de oro. La *Makros-ll* sí —respondió Brozinski.

¡Quinientas toneladas de oro! Así que era eso lo se proponía...

—¿Dónde está el turbo-planeador? —preguntó Leduc para disimular su turbación.

—¿Qué importa eso, amigo mío? —exclamó su interlocutor. Y vaciló antes de añadir—: Tengo que confesar que yo no sé pilotar una aeronave. Encomendé ese trabajo a Kraina, pero debo admitir que tampoco él posee aún la maestría precisa. Cuando trataba de tomar tierra en un arenal a escasos kilómetros de aquí, permitió que el turbo-planeador se precipitara a tierra a velocidad excesiva. Resumiendo: el aparato quedó destrozado y todos estuvimos a punto de perecer. Por fortuna, sólo tuvimos cuatro bajas.

—¿Quiere decir que... murieron cuatro de sus «auxiliares»? —exclamó Leduc, asombrado.

Brozinski unió ambas manos en un falso gesto de pesar.

—Así es. Perecieron Jemma, Wolkan, Hokallister y Yarauma. Mis mejores amigos, puedo asegurárselo, capaces de dejarse matar por mí —manifestó.

Leduc se sintió espeluznado ante las manifestaciones de aquel peligroso lunático.

En alguna ocasión, uno o dos hombres del equipo habían sentido la tentación de intentar rebelarse a la desesperada cuando tres de los antropoides abandonaban Kri-Gangla escoltando los *overcrafts* hasta la *Makros-ll.*

Jacobsen fue el primero. En un descuido, se arrojó sobre Kraina y estuvo a punto de arrebatarle el fusil láser que empuñaba. Pero la reacción dél humanoide fue terrible: volviéndose con un gruñido animalesco, le asestó un culatazo en pleno pecho y le abatió. Allí continuó golpeándole y le hubiera matado si Leduc y él propio Brozinski no hubieran intervenido a tiempo.

También el musculoso Zachary Banacai atacó a Heetah. El humanoide se volvió cuando Banacai saltaba sobre él y disparó el fusil.

Fue un verdadero milagro que Banacai salvara la vida, pues el rayo le chamuscó los cabellos. Antes de que Heetah disparara por segunda vez, Leduc lanzó un grito y Brozinski detuvo al humanoide.

—Es la última vez que intervengo a favor de sus hombres, Leduc —advirtió el loco—. Convénzales de la necesidad de someterse o

permitiré que mis auxiliares les aniquilen.

Leduc lo hizo así, públicamente. Conmovido, pidió a sus camaradas que fueran prudentes y obedecieran. Intimamente, tenía la convicción de que se presentaría alguna ocasión para rebelarse contra Brozinski y sus monstruos con mayor seguridad de éxito.

Y al final, esa oportunidad llegó.

Se cumplían cuatro días de vergonzoso sometimiento y los hombres del equipo habían obtenido unas sesenta toneladas de oro. Pero la ambición de Igor Brozinski era insaciable. Quería más, mucho más.

El muro de oro se terminaba. Al otro lado, gruesos bloques pétreos soldados entre sí, impedían penetrar en Kri-Gangla y desvelar sus últimos secretos.

Finalmente, Brozinski concibió la idea:

—Ustedes descubrieron ese muro con explosivos. Pues bien: volveremos a usarlos, pero ahora por toneladas —decidió.

Esa mañana la tierra tembló violentamente. Allá en la distancia, se alzó una humareda. Un volcán situado a unos cuarenta kilómetros de distancia acababa de entrar en erupción. A media mañana se repitieron los fuertes seismos y de las alturas cayó un alud de varias toneladas de rocas que no sepultó a nadie porque todos corrieron a ocultarse en la oquedad de Kri-Gangla.

—Es muy posible que ese volcán entre en erupción también —manifestó Leduc, señalando la cumbre del cono que se erguía por encima de la necrópolis de oro—. Lo más sensato sería abandonar esta zona, ahora que todavía estamos a tiempo.

Brozinski se opuso violentamente a esta propuesta.

—Quiero que sus técnicos suban a lo alto de la Cascada de Lava y que coloquen cargas alrededor. Necesito la mayor cantidad de oro y cuanto antes —respondió el fanático.

Al atardecer, You-Ping hizo estallar las cargas.

La montaña entera pareció conmoverse y elevarse sobre sí misma. Colosales pedazos de lava se alzaron a las alturas y cayeron rodando con gran estrépito.

—¡Mirad eso! —gritó Peter Jacobsen.

Bajo la costra de la montaña aparecía una verdadera ciudad dorada. Esbeltos torreones, tejadillos de oro macizo, muros, planos inclinados, murallas de maravilloso encaje..., todo ello de oro en. una extensión de más de dos hectáreas cuadradas.

Cuando la polvareda fue arrastrada por la brisa, los rayos de Staal arrancaron destellos cegadores de la mágica «Ciudad de los Muertos», revestida toda ella con placas de oro de diez centímetros de grosor.

Al ver aquello, los ojos de Igor Brozinski relucieron de loca ambición.

—¡Miles de toneladas de oro, millones quizá! —bramó como un poseso.

La mitad de la hondonada se había rellenado con las colosales moles desprendidas de las alturas.

Pero Igor Brozinski parecía dominado por el vértigo de la avaricia.

—¡Adelante! ¡Vengan, vengan todos conmigo! ¡Quiero ver el interior de Kri-Gangla con mis propios ojos! —chillaba.

Leduc, miss Cameron y los hombres del equipo se vieron a obedecer bajo la amenaza de los fusiles que empuñaban los sicarios de Brozinski.

Caminando por encima del roquedal todavía ardiente, llegaron ante la fastuosa fachada de oro de la «Ciudad de los Muertos».

Sólo había un acceso visible: una gran puerta cuadrada a la que se llegaba ascendiendo por una escalinata, una verdadera maravilla de orfebrería en oro y grandes piedras semipreciosas.

A Kai Ammorak tuvieron que golpearle a culatazos para que penetrara en el sagrado reducto. Chorreando sangre, Leduc le tomó en sus brazos y le obligó a obedecer.

Atravesaron un largo corredor de oro y llegaron a una inmensa sala. Brozinski iba en cabeza, admirando locamente las inimaginables riquezas que tenía al alcance de la mano. En aquel instante se produjo un violento seismo.

Pero Brozinski seguía adelante y los humanoides iban en pos de él. Ascendían por una larga caminata y se habían adelantado muchos metros, cuando Leduc detuvo a los suyos y susurró:

—Escapemos. Me temo que el volcán vaya a entrar en erupción inmediatamente.

Brozinski y sus bestiales sicarios habían desaparecido a través de una puerta circular. Todavía temerosos, los expedicionarios se volvieron a mirar atrás. Pero al fin corrieron con todas sus fuerzas y se encontraron fuera de la necrópolis.

—¿Qué esperas ahí, Kai? —gritó Leduc, viendo que Ammorak se retrasaba.

Lo comprendió un segundo después cuando vio cómo Kai apilaba cajas de explosivos a la entrada de Kri-Gangla. Fue inútil que trataran de disuadirle: Ammorak tenía una idea fija y nadie le apartaría de allí.

Entretanto, Leduc daba la mano a Mary Cameron y corría con sus hombres hacia el desfiladero sur, donde aguardaban los tres *Cyclone-Gamma.*

Aún no habían llegado a los vehículos, cuando escucharon una fragorosa explosión a sus espaldas. Temerariamente, Ammorak había hecho estallar una tonelada de explosivos.

—¡Esperémosle! —rogó Mary, angustiada, aunque no tenía la seguridad de que Ammorak fuera a volver.

Aguardaron unos minutos. Luego oyeron un grito y vieron a Kai, que saltaba como un diablo de roca en roca. Venía cubierto de polvo, pero indemne.

—Compréndalo, jefe —dijo jadeante a Julien—. Eran unos criminales execrables, pero también unos profanadores. No podía permitir que escaparan de allí.

Aseguró que la explosión había destrozado la entrada y fundido el oro, como si fuera estaño, sobre el acceso, tapando totalmente la puerta.

Cuando los *overcrafts* se pusieron en marcha, volvió a oírse una explosión atronadora. Al alcanzar la llanura arenosa, comprobaron que la cúspide del volcán había volado por los aires y la vivísima

erupción disparaba escorias incandescentes a las alturas. Dentro de poco, ríos de ardiente lava correrían por las laderas y Kri-Gangla volvería a desaparecer por segunda vez y quizá para siempre.

Mary, que viajaba junto a Leduc, buscó trémula la mano del hombre y la oprimió suavemente.

—Julien, yo…

—Lo sé. No eres responsable, excepto de haber sentido curiosidad por el ocultismo y los fenómenos parapsicológicos. Hablé largamente con Brozinski y me dijo muchas cosas —confesó.

Pero calló otras que hubieran inquietado profundamente a la mujer que amaba.

Era ya de noche cuando llegaron bajo las redes que ocultaban la *Makros-II.* A lo largo de la extensa llanura arenosa no se veían krawus aquella noche, pero sí presenciaron los sinuosos rastros que habían dejado las panzas de los hoeglows al escapar por instinto de la catástrofe que se avecinaba.

Todos los hombres del equipo se dispusieron a retirar las redes y a preparar el despegue. En cuanto los vehículos ascendieron a los hangares de a bordo, Jarolowski y su copiloto encendieron los propulsores y la aeronave vibró potente.

Minutos después se elevaba sobre el desierto, ganaba altura y planeaba sobre Skeleton Mountains.

Allá abajo, un fluido rojizo arrollador iba cubriendo lentamente las cúpulas de Kri-Gangla, la «Ciudad de los Muertos».

Jarolowski evolucionó hacia el norte y la *Makros-ll* se alejó en la oscuridad hacia Kri Bantax, la «Ciudad de los que Viven».

FIN